

PICO DELLA MIRANDOLA

DISCURSO SOBRE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

www.upasika.com

Los ideales de una mente universal

Noble y bello, culto y valiente, erudito y aventurero, Pico della Mirandola resume en su breve y prolífica vida los ingredientes necesarios para transformarse en una figura desmesuradamente heroica. Paradójicamente, su búsqueda y preocupación, su gran dilema existencial, estaba puesto en una idea trascendente que uniera y potenciara filosofía y religión, a la vez que magia y ciencia en pos de un ecumenismo que intuía urgente e imprescindible.

Como sucede en muchos casos, su idea terminó opacada por la arbitrariedad de una sociedad intolerante que, a su pesar, lo hizo mártir y héroe. La vida de Pico, de por sí apasionante, se erigió en símbolo de la lucha ineludible por las ideas y la libertad intelectual, pero relegó de manera injusta su mensaje que apunta, centralmente, al respeto por la diversidad y el derecho al disenso, al tiempo que encarnó una cruzada por la paz y la concordia entre los pueblos y sus creencias.

De cara al siglo XXI, y tras incontables y cruentas desavenencias, el ideario del apasionado Pico renace como un discurso vigente e ineludible, si alguien piensa que aún es posible alcanzar la paz y la armonía universales.

Giovanni Pico nació en el castillo de Mirandola el 24 de febrero de 1463 en Ferrara, ciudad del norte de Italia, capital de la provincia de Ferrara, en la región de Emilia-Romaña, a orillas del río Po.

Rodeada por grandes extensiones de tierras fértiles, Ferrara, capital de los duques de Este, se transformó durante el Renacimiento en un destacado centro cultural. Cuando Pico llegó al mundo, la Universidad de Ferrara, fundada por Alberto V de Este, ya tenía casi noventa años de historia.

El ambiente cultural sobresaliente del quattrocento italiano, su excelente situación económica y su brillante inteligencia harían del Pico della Mirandola una de las figuras más destacadas del Renacimiento.

Mientras cursaba estudios en la Universidad de Bolonia, publicó, a los catorce años, Las decretales. Luego viajó por el territorio italiano y más tarde por Francia, donde también asistió a la universidad. Estas experiencias lo acercaron al estudio de las lenguas griega, árabe, hebrea y caldea, disciplinas que cultivó con el propósito de

entender la Cábala, el Corán, los textos de los oráculos caldeos así como los diálogos platónicos en sus textos originales.

En 1485, durante su estadía en París, tuvo acceso a los trabajos de Averroes (1126-1198), el filósofo y teólogo ashari hispanoárabe que introdujo el pensamiento aristotélico en Occidente. Allí fue donde concibió la idea de realizar un proyecto monumental que reuniese las tradiciones culturales supervivientes en aquella época.

Al año siguiente, y ya de regreso en Italia, con sólo veintitrés años sería protagonista de dos episodios diferentes pero igualmente determinantes en su vida: primero, en Arezzo, raptó a la esposa de Giuliano Moriotto de Médicis, un pariente pobre de los Médicis florentinos, por lo que fue perseguido, atacado y herido. Luego, hacia finales del año 1486 publicó en Roma sus Conclusiones philosophicae, cabalisticae et theologicae, conocidas como Las 900 tesis.

Esta obra, considerada su más representativo trabajo, consta de novecientas tesis o proposiciones recogidas de las más diferentes fuentes culturales, tanto de filósofos y teólogos latinos como de los árabes, los peripatéticos y los platónicos. No excluyó a los pensadores esotéricos, como Trimegisto, ni a los libros hebreos. La obra iba precedida de una introducción, que tituló "Discurso sobre la dignidad del hombre", que se entrega en la presente edición.

En esas tesis, Pico introducía sus "nuevas verdades filosóficas" con el propósito de mostrar al cristianismo como punto de convergencia de tradiciones culturales, religiosas, filosóficas y teológicas de los más diversos países y culturas. Estas novecientas conclusiones debían ser discutidas en Roma, después de la Epifanía de 1487, por los Doctos de todo el mundo, con el propósito de entablar una paz filosófica entre los cultivadores de todas las doctrinas.

A la luz de la historia, y ciento cincuenta años antes del cisma religioso y de la primera y sangrienta guerra de religiones (1618-1648), Pico al parecer presentía que nada bueno podría salir de la corrupción e intransigencia del cristianismo de Roma, que él sufriría luego en carne propia.

Habiendo, en principio, aceptado discutir las tesis, la curia comenzó luego a dudar sobre la fidelidad del joven Pico a la ortodoxia cristiana, por lo cual se suspendió la discusión y se hizo un examen previo, una por una, de las novecientas tesis.

Como resultado de este detallado estudio, trece de esas tesis fueron consideradas "sospechosas de herejía". El Papa las vinculó con la magia cabalística y prohibió seguir adelante con el debate. Pico no tuvo mejor idea que escribir una Apología en la cual defendía esas tesis cuestionadas, lo que los doctos clericales consideraron un acto de soberbia y obstinación.

Juzgado y condenado por herejía, Pico fue excomulgado, por lo que huyó a Francia, donde fue detenido y conducido a la cárcel de Vincennes. El heredero del trono de Francia, y futuro rey, Carlos VIII, intercedió en su favor y fue liberado. Tras esto, aceptó una invitación de Lorenzo el Magnífico de Médicis (1449-1492), banquero, político y mecenas italiano, y se instaló en Florencia, donde continuó profundizando sus estudios de los teólogos y esotéricos orientales, bajo la atenta mirada de la Iglesia.

En el año 1489 finalizó el Heptaplus, relato místico de la creación del universo, en el que bucea sobre el Génesis buscando desentrañar sus significados más recónditos. Dos años después, con veintiocho años de edad, renunció a sus cuantiosos bienes ya su parte del principado familiar y se entregó a un profundo fervor religioso. Viajó por toda Italia como un mendicante hasta que en 1493, el papa Alejandro VI lo absolvió de cualquier imputación de herejía y lo admitió de nuevo en la Iglesia católica. Pico, sin embargo, no abjuró de ninguna de sus tesis. Ingresó en la Orden de los Dominicos, cuyos hábitos llegó a vestir poco antes de su muerte, acaecida a los treinta y un años, el 17 de noviembre de 1494.

Entre sus numerosos bienes figura su biblioteca personal, una de las más ricas del Renacimiento, que legó a un amigo con la condición de no cederla a ningún convento, como era tradición de la época y de hombres de su condición.

Esta decisión final da cuenta no sólo de sus firmes y sostenidas convicciones, sino de su actitud de eterno rebelde ante la autoridad eclesiástica y el dogma católico.

El humanismo

Hombre de cultura vasta y ecléctica, Pico della Mirandola recibió una influencia crucial por parte de Francesco Petrarca (1304-1374), escritor y humanista italiano, considerado el primero y uno de los más importantes poetas líricos modernos. Fue éste quien, volviendo la vista atrás, redescubrió a Platón, al pasar por alto un milenio de oscurantismo cristiano y al traer el inmenso bagaje de la cultura grecorromana.

En contra de los postulados escolásticos que intentaban integrar el pensamiento aristotélico -fundamentalmente de la mano del filósofo y teólogo italiano Santo Tomás de Aquino (1225-1274)-, en el marco de la revelación cristiana, Petrarca y sus seguidores crearon una corriente que tomó el nombre de Humanismo, basándose en la filosofía platónica y en los ensayos clásicos de los pensadores de la Antigüedad.

La tradición platónica brindó a este nuevo movimiento un soporte filosófico compatible con sus aspiraciones y desarrollo intelectuales. Sus mentores encuentran en Platón una tradición ética y espiritual comparable con la que profesa el cristianismo. Esta nueva visión del hombre, de la naturaleza y de Dios que propone el Humanismo es una filosofía que hace hincapié en la dignidad y el valor de la persona. Por primera vez, el pensamiento reconoce a los individuos como seres racionales que poseen en sí mismos la capacidad para hallar la verdad y practicar el bien. Este renacimiento de los estudios griegos y romanos destaca el valor que tiene lo clásico por sí mismo, más que por su importancia en el marco del cristianismo.

En este nuevo prisma, el pecado original desaparece y presenta a los hombres como portadores de una chispa divina, vicarios de Dios, como ángeles, y casi con el mismo estatus que el Creador del Universo.

El Humanismo da al hombre una nueva dimensión, la naturaleza se ve divinizada y el cristianismo, que ve claudicar los postulados absolutos, adquiere una nueva perspectiva. Con ello, los humanistas desafían el orden establecido de una manera que no alcanzan a

intuir. Entre sus principales pensadores pueden destacarse Nicolás de Cusa (1401-1464), John Colet (c. 1467-1519), Thomas More (1478-1535), Erasmo de Rotterdam (1469-1536) y Pierre de la Ramée (Ramus, 1515-1572).

El humanismo y el nuevo espíritu de sincretismo religioso estaban en su apogeo cuando apareció en escena Pico della Mirandola, quien se transformaría en uno de sus grandes interlocutores.

Sobre la dignidad del hombre

La introducción de las novecientas tesis, pensadas como vehemente y encendido discurso para la presentación del magistral tratado, nunca cumplieron su propósito ya que, como se vio, las tesis de marras fueron enterradas antes de empezar siquiera a debatirse. Pero, paradójicamente, este trabajo destinado a ser un breve introito, terminó convertido en la obra maestra de Pico, fundamentalmente por el ímpetu oratorio de su autor.

"De dignitate hominis", traducida como "Discurso sobre la dignidad del hombre", parte de una premisa inicial.

Se pregunta por qué el hombre es celebrado como la criatura más privilegiada de la naturaleza, más admirada aun que los ángeles. En este tratado intenta responder y justificar el porqué de estas prerrogativas.

Dios, dice, ha creado al hombre no con una única aptitud, sino dándole en común lo que ha otorgado en particular a los individuos: de su libertad depende construirse como ángel o como bestia.

Se puede ser ángel, sostiene, con una vida activa y de contemplación, pero a la contemplación se llega por varios escalones, como la famosa escalera de Jacob. Propone entonces, primero purificar los pies (símbolo de la vida concupiscente) y las manos (portadoras de lo irascible).

Luego, embarcarse en la escalera mediante la apropiación filosófica que tiene, según Pico, dos dinámicas: se asciende cuando se va del pensamiento múltiple a la unidad, y se desciende cuando se va de lo singular a lo múltiple.

Recorrido este camino, es posible alcanzar la perfección teológica y descansar al lado de Dios, que está en lo alto de esa escala.

Así, la filosofía es el preludeo y medio para alcanzar la gloria. Otros medios para introducirse en los misterios religiosos son la filosofía moral y la dialéctica de las religiones primitivas, verdaderas ciencias de la purificación del corazón y de la inteligencia.

Al contrario de sus contemporáneos eclesiásticos, Pico encuentra en la filosofía clásica, sobre todo Platón, y en la filosofía hermética del profeta persa Zoroastro (o Zaratustra, c. 630-550 a. C.) el fundamento y fin de la moral religiosa.

Así, todo su discurso sobre la dignidad del hombre busca colocar en la mesa de discusión, ya los ojos de todos, la filosofía clásica que él mismo alaba, porque, sostiene, la discusión es la gimnasia del cuerpo, mantiene fuerte y fresca a la mente.

Luego de esta presentación, el autor entra de lleno en la síntesis de sus novecientas tesis.

Primero, prueba la concordia entre Aristóteles y Platón, a quienes se juzga opuestos. Luego, intenta dar forma a un nuevo método filosófico que pueda dar respuestas a todas las preguntas tanto de orden natural como divino.

Se trata de una *ars numerandi*, es decir, una ciencia del número no como la entienden los mercaderes, sino como la plantean Platón y Pitágoras.

Sin embargo, este método numérico nada tiene que ver con el concepto de método de Bacon o Descartes. Pico habla de una matemática abstracta, de un simbolismo metafísico, que se une directamente con Pitágoras, tal como era interpretado este filósofo en el clima mágico de los albores del Renacimiento.

Siguiendo esta línea expone sus teoremas mágicos, renegando de la magia basada en el poder de los demonios y aceptando la magia que profundiza la filosofía natural, la sabiduría oriental y la Cábala hebrea.

La Cábala (en hebreo, "tradición"), término que designa al misticismo judío en todas sus variantes, para cierta tradición cristiana no era sino una fábula. Precisamente, Pico rescata esta tradición como confirmación de la fe católica. Toma el ejemplo de Moisés, quien recibió de Dios las Tablas de la Ley para que fuesen publicadas, pero que además fue dotado de una interpretación profunda de ellas, que debía ser transmitida a los grandes sacerdotes en medio del más cerrado secreto.

Esta clausura tenía por objeto "no dar pasto sagrado a los perros". Precisamente, la Cábala, con su significado de recepción -o sea, de sucesión de revelaciones- tiene esa carga de mensaje profundo y secreto.

Después del destierro babilonio, el profeta Esdras, temeroso de que se dispersasen las vicisitudes del pueblo judío, convocó a los más grandes sacerdotes para recoger los secretos de las doctrinas celestiales. Es en este hecho donde Pico entrevé el origen divino de la Cábala.

El mayor aporte de Pico -y seguramente la principal fuente de discordia con los Doctos- es su persistencia en no abrazar una palabra como la definitiva y sagrada («me he impuesto el principio de no jurar por la palabra de nadie», afirmaba). Esto de por sí no implica una herejía -a los ojos y oídos de los burócratas eclesiales-, pero sí su insistencia en incorporar saberes y revelaciones de todas las creencias: «En toda escuela -afirma- hay algo de insigne que no les es común a todas».

A quinientos años de su temprana muerte, Pico ha sido relegado al panteón de los héroes innecesarios. Los románticos y los revolucionarios pueden ver en su vida un motivo de inspiración: el rebelde inmolado por la hoguera de la incomprensión y de la arbitrariedad.

Los estudiosos de la filosofía -los doctos laicos de la posmodernidad- pueden analizar su Discurso, y por cierto sus Tesis, como el producto imaginativo -y por cierto afiebrado- de un brillante representante del platonismo renacentista.

Sin embargo, el trágico derrotero del mundo, que ha hecho del enfrentamiento religioso y racial el leitmotiv de su supervivencia o predominancia, y que por cierto tiñe toda la vida cotidiana del hombre, otorga al mensaje de Pico la dimensión de ideal. Ideal cada vez más lejano -si se mira al mundo con realismo y resignación-, pero por eso mismo cada vez más deseable.

Los tres pilares del ideario del bello Pico son hoy tres ideales que las democracias modernas enuncian, pero que muchas veces ignoran: el derecho inalienable a la discrepancia; el respeto por las diversidades cultural y religiosa; y finalmente, el crecimiento y enriquecimiento de la vida a partir de la diferencia. Simples y bellos ideales, como el mismo Pico.

Simples y bellos, y siempre iluminados, como el propio Pico, por la vacilante llama de una hoguera amenazante.

Antonio Tulián

DISCURSO SOBRE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

En antiguos escritos de los árabes, padres venerados, he leído que Abdala, el Sarraceno (1), fue interrogado acerca de cuál era según su criterio el espectáculo más maravilloso en el escenario del mundo. El venerable había respondido que nada veía espléndido en el hombre. Coincide con esta afirmación aquella conocida cita de Hermes: «Gran milagro, oh Asclepio, es el hombre».

Mas luego, estos dichos me llevaron a reflexionar sobre su real significado y, debo decirlo, las profusas razones aducidas a propósito de la grandeza humana no se me figuraron totalmente persuasivas: que el hombre, parte de las familias de las criaturas superiores y soberano de las inferiores, es el vínculo entre ellas; que por su sentidos tan agudos, por su razón de agudo poder indagador y por la iluminación de su intelecto, es intérprete de la naturaleza; que, siendo intermediario entre el tiempo y la eternidad es, como solían decir los persas, cópula, y también enlace de todos los seres del mundo y, según los dichos de David, apenas inferior a los ángeles.

El hombre es una cosa grande, qué duda cabe, pero no tanto como para que reivindique el lugar de una ilimitada admiración. Por el contrario, ¿no debemos admirar más a los propios ángeles y a los beatíficos coros celestiales? Sin embargo, debo coincidir, y a través de esa lectura comprender, que es el hombre el más afortunado de todos los seres vivientes y digno, por cierto, de profunda admiración. También comprendí en qué consiste la suerte que le ha correspondido en el orden universal, no sólo para envidia de las bestias, sino también de los astros y los espíritus ultraterrenos.

¡Cosa singular y sorprendente! ¿y por qué no? El hombre es llamado y considerado justamente un gran milagro y un ser animado maravilloso.

Pero escuchad, oh padres de la Iglesia, cómo es tal condición de grandeza y prestad atención, en vuestra cortesía, a este discurso mío.

Recordad que ya el sumo Padre, Dios arquitecto, había construido con leyes de oculta sabiduría esta mansión mundana, augusto templo de la divinidad.

Con su inteligencia había embellecido la región celeste, insuflado vida a los etéreos globos con almas eternas, sembrado una turba de animales de variadas especies las partes viles y efervescentes del mundo inferior. Pero no bien consumada la obra, el artífice deseaba que hubiese alguien que pudiera comprender la razón de una obra tan inconmensurable, alguien que amara su belleza y admirara su inusitada vastedad. Por eso, como testimonian Moisés y Timeo, una vez cumplido todo pensó finalmente en producir al hombre.

Entre todos sus arquetipos, sin embargo, no quedaba ninguno sobre quien modelar la nueva criatura. y entre los tesoros, ninguno para otorgar en herencia al nuevo hijo, ni territorio alguno en todo el vasto mundo donde pudiera residir este contemplador del Universo. Todo estaba repartido y lleno en los sumos, en los medios y en los ínfimos grados (2). Sin embargo, no hubiera sido digno de la potestad divina dejarse vencer, ni aun doblegarse, en su última creación; ni de su sabiduría permanecer indecisa en una

obra necesaria por falta de proyecto; ni tampoco hubiese sido digno de su benéfico amor que aquel ser destinado a elogiar la esplendidez divina en los otros estuviese reducido a lamentarla en sí mismo.

Por eso es que el óptimo artífice estableció que aquél, a quien no podía proveer de nada propio, tuviese en común todo cuanto les había sido dado separadamente a los otros. Tomó entonces al hombre así concebido, obra de la naturaleza indefinida y, poniéndolo en el centro del mundo, le habló de esta manera:

«No te he dado, oh Adán, un lugar definido, un particular aspecto ni, desde ya, una prerrogativa peculiar. Esto persigue el objetivo de que tengas un lugar, un aspecto y las deferencias que conscientemente elijas, y que, de acuerdo con tu intención, ganes y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas normas que he prescrito.

Sin embargo tú, no limitado por carencia alguna, la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. En el centro del mundo te he colocado para que observes, con comodidad, cuanto en él existe. Así, no te he creado ni celeste ni terrenal, ni mortal ni inmortal, con el propósito de que tú mismo, como juez y supremo artífice de ti mismo, te dices la forma y te plasmas en la obra que eligieras. Tanto podrás degenerar en esas bestias inferiores como regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que, por cierto, son divinas.»

¡Oh, magnífica libertad de nuestro Dios padre! ¡Oh, admirable destino del hombre a quien le ha sido concedido el obtener lo que él desee, ser lo que él quiera!

En el momento mismo de nacer, las bestias traen consigo del vientre materno todo lo que tendrán y necesitarán después.

Los espíritus superiores, desde el principio, o poco después, fueron lo que serán eternamente. El Padre celestial, desde su nacimiento le confirió al hombre los gérmenes de toda especie y de toda la vida. Y según como cada cual los cultive, madurarán en él y le darán sus frutos. Si fueron vegetales, serán plantas; si sensibles, serán bestias; si racionales, se elevará a animal celeste; si intelectuales, será ángel o hijo de Dios y, si no contento con la suerte de ninguna criatura, se repliega en el centro de su unidad, transformado en un espíritu a solas con Dios en la solitaria oscuridad del Padre, él, que fue colocado sobre todas las cosas, las sobrepujará a todas.

¿Puede alguien no admirar a este camaleón nuestro? O, más bien, ¿quién podrá admirar más a cualquier otra cosa?

Asclepio el ateniense, en razón del aspecto cambiante y de una naturaleza que se transforma hasta a sí misma, no se equivoca cuando afirma que, en los misterios, el hombre era simbolizado por Proteo (3).

De aquí las metamorfosis celebradas por los hebreos y por los pitagóricos.

También la más secreta teología hebraica, en efecto, transforma a Henoah ya en aquel ángel de la divinidad, llamado malakhha - shekkinah, ya, según otros, en diversos espíritus divinos.

Por su lado, los pitagóricos transforman a los malignos en bestias y, si hemos de creer en Empédocles, hasta en plantas. Por alguna razón también Mahoma solía repetir: «Quien se aleja de la ley divina acaba por volverse bestia».

No es, desde ya, la corteza lo que define a la planta, sino por cierto su naturaleza ciega e insensible; la bestia de labor no está definida por su cuero, sino por el alma bruta y sensual. Tampoco el cielo con su curvatura celeste ni la separación del cuerpo hace el ángel, sino la recta razón e inteligencia espiritual.

Por lo tanto, si llegas a ver a alguno arrastrarse por el suelo con su vientre pegado como una serpiente, no es un hombre eso que veis, sino una planta. Si te topas con alguien esclavo de los sentidos, enceguecido por sensuales halagos, no es un hombre lo que tienes enfrente, sino una bestia. Si hay un pensador que, con recta razón, discierne todas las cosas, venéralo: es un animal celeste, no terreno.

Si, por otra parte, hay puro contemplador ignorante del cuerpo, compenetrado totalmente en las honduras de la mente, ese no es un animal terreno ni tampoco por cierto celeste: ese es un espíritu más augusto; un espíritu revestido de carne humana.

¿Hay, pues, alguien que no admire al hombre? A ese hombre que acertadamente es designado en los textos sagrados, tanto mosaicos como cristianos, tanto con el nombre de todo ser de carne, o con el de toda criatura, precisamente porque se fragua, modela y recrea a sí mismo según el aspecto de todo ser y también su ingenio, según la naturaleza de toda criatura.

«El hombre no tiene una propia imagen nativa, sino muchas extrañas y adventicias», expone el persa Euanthes, y con razón, en la teología caldea. De aquí también el dicho caldeo: Enosh lushinnujim vekammah tebhaoth baal haj, esto es: «Animal de naturaleza varia, heterogénea y cambiante es el hombre».

¿Por qué poner de relieve todo esto? Para comprender que desde el instante de nuestro nacimiento en la condición de ser lo que queramos, nuestro deber es guardar de todo esto: que no se afirme que nosotros, siendo en grado tan alto, no nos damos cuenta de habernos vuelto semejantes a los salvajes y a las bestias de labor de trabajo. Mucho mejor sería que se repitiera acerca de nosotros aquellos dichos del profeta Asaf: «Sois dioses, hijos todos del Altísimo».

De manera que, aprovechándonos en exceso de la liberalidad del Padre, siempre indulgente, no volvamos nociva en vez de salubre esa libre elección que Él nos ha concedido. Es necesario que nuestro ánimo se inunde de una sacra ambición de no saciarnos con las cosas mediocres, sino el anhelar las más altas, de esforzarnos por alcanzarlas con todas nuestras energías, dado que, con quererlo, podremos.

Releguemos las cosas terrenas, abjuremos de las astrales y, desechando todo lo mundano, volvamos a la sede ultramundana, cerca del cenit de Dios. En su trono, como enseñan los sacros misterios, los Serafines y los Querubines ocupan los primeros puestos.

También de esta retribución, la dignidad y la gloria, incapaces ahora de desistir e intolerantes de los segundos puestos.

Con quererlo, no seremos inferiores a ellos. Pero ¿de qué modo? ¿Cómo procederemos? Miremos cómo obran y cómo viven su vida. Si nosotros también la vivimos (y podemos hacerlo), habremos igualado ya su suerte. El Serafin se inmola en el fuego del amor; resplandece con su inteligencia el Querubín; el trono se apoya en la solidez de la

comprensión. Por lo tanto, aunque estemos dedicados a la vida activa, si asumimos proteger las cosas inferiores con justo discernimiento, nos apoyaremos en la solidez estable de los Tronos. Si, alejados de la acción, nos entregamos al ocio de la contemplación, meditando en la obra al Hacedor y en el Hacedor la obra, brillaremos abrazados de la querubínica luz. Si sólo ardemos por el amor del Hacedor de ese fuego que todo lo consume, de inmediato nos insuflaremos el aspecto seráfico. Sobre el Trono, es decir, sobre el justo juez, está Dios: Juez de los siglos. Por arriba del Querubín, esto es, por encima de quien contempla, vuela Dios que, como incubándolo, lo abriga. El espíritu de nuestro Señor «se mueve sobre las aguas», aguas, digo, que están sobre los cielos y que, como está escrito en Job (4), alaban a Dios con himnos antelucanos. El serafín, esto es, quien ama, está en Dios y Dios está en él: Dios y él son uno solo.

El poder de los Tronos es inmenso y lo alcanzaremos con el amor.

Pero ¿es posible juzgar o amar lo que no se conoce? Moisés amó al Dios que lo visitó y confesó a su pueblo, como juez, lo que había visto en el monte. He aquí por qué, en el medio, está siempre el Querubín, quien con su luz nos entrega la llama seráfica y, a la vez, nos ilumina el juicio de los Tronos.

Esto es lo que se anuda en las primeras mentes; el orden paládico preside la filosofía contemplativa y esto es lo que primeramente debemos imitar, buscar y aceptar para que así podamos ser arrebatados a las cimas del amor y bajar, prudentes y preparados, para afrontar los deberes de la acción. Pero si nuestra vida ha de ser modelada sobre la vida querubínica, el precio de esta operación es éste: tener claramente ante los ojos en qué consiste tal vida, cuáles son sus acciones, cuáles sus obras. Siéndonos esto inalcanzable somos carne y nos apetece las cosas terrenas; apoyémonos en los antiguos Padres, los cuales pueden ofrecernos un contundente y fecundo testimonio de tales cosas, para ello familiares y allegadas.

Interroguemos al apóstol Pablo, recipiente de elección, qué hicieron los ejércitos de querubines cuando él mismo fue arrebatado al tercer cielo. Como interpreta Dionisio, nos contestará que se purificaban; y una vez iluminados, se volvían perfectos.

Nosotros también, remedando en la tierra la vida querubínica, conteniendo con la fuerza moral la impetuosidad de las pasiones, disipando la obnubilación mental con la dialéctica, purifiquemos el alma, quitémosle las manchas de la ignorancia y de la corrupción, para que no se desaten los afectos ni deleite la razón.

Así compuesta y purificada el alma, demos a conocer la luz de la filosofía natural, y llevémosla finalmente a la perfección con el conocimiento de las cosas divinas.

Más allá de nuestros Padres, indaguemos también al patriarca Job, cuya imagen brilla tallada en el cielo de la gloria.

El sabio patriarca nos enseñará que mientras dormía en el mundo terreno, velaba en el reino de los cielos. y mediante un símbolo (todo se presentaba así a los patriarcas) nos enseña que hay escaleras que suben de la profundidad de la tierra al sublime cielo, distinguidas en una serie de muchos escalones: allá, en el cenit, donde se aposenta el Señor, mientras suben y bajan los ángeles contempladores. Y si nuestro deber es hacer lo mismo imitando la vida de los ángeles, ¿quién osará, pregunto, tocar las escaleras del

Señor con los pies impuros o con las manos sin lavar? Según los Misterios, al impuro le está vedado tocar lo que es puro.

¿Pero qué son estos pies y estas manos? Sin duda el pie del alma es esa parte vil con que se apoya en la materia como en el desnudo suelo: y yo la entiendo como el instinto que alimenta y ceba, alimento de los deseos y maestro de sensual predisposición. ¿Y por qué llamaremos manos del alma a lo irascible que, esclavo de los apetitos, por ellos combate como un soldado, y rapaz, bajo el polvo y el sol, escamotea lo que el alma habrá de gozar adormilándose en la sombra? Para no ser expulsados de la escalera por soeces o profanos, lavemos con la moral los pies y las manos, es decir, toda la parte sensible en que tienen su espacio las lisonjas corporales que, como bien se acusa, atrapan el alma por el cuello. Lavémoslas como en agua corriente.

Es cierto, esto tampoco será suficiente para volverse compañero de los ángeles que rondan por la escala de Jacob si primero no hemos sido bien educados y habilitados para movernos con orden, de escalón en escalón, sin salir nunca de la rampa de la escala, sin estorbar su tránsito. Cuando hayamos logrado esto con el arte retórico y racional, y ya imbuidos por el espíritu del querubín, filosofando según los escalones de la escalera, esto es, de la naturaleza, y escudriñando todo desde el centro y enderezando todo al centro, tanto descenderemos, desmembrando con fuerza titánica lo uno en lo múltiple -como Osiris (5)-, tanto nos elevaremos reuniendo con fuerza apolínea lo múltiple en lo uno, como los miembros de Osiris hasta que, posando por fin en el seno del Padre, que como se sabe, sentado mira desde la cúspide, nos consumaremos en la felicidad teológica.

Y recurramos al justo Job, que antes de ser insuflado de la vida hizo un pacto con el Dios de la vida, y preguntémosle qué es lo que el Sumo Dios prefiere sobre todo en esos millones de ángeles que están juntos a él: «La paz», responderá sin dudas, según lo que se lee en su propio libro: «(Dios es) Aquel que hace la paz en lo alto de los cielos».

Y como el orden medio interpreta los preceptos del orden superior para ser captados por los inferiores, las palabras del sublime Job nos sean interpretadas por el filósofo Empédocles (6). Éste, como lo testimonian sus escritos, simboliza con el odio y con el amor, esto es, con la guerra y con la paz, las naturalezas del alma humana, por las cuales somos llevados hacia el cielo o precipitados a los infiernos. Y él, arrebatado en esa lucha y discordia, como si de un loco se tratara, se duele de ser arrastrado al abismo, lejos de los dioses.

Grande es, sin duda, oh Padres, la desavenencia en nosotros; nuestras intensas luchas internas son peores que las peores guerras civiles. Si queremos huir de ellas y obtener esa paz que nos lleva a lo alto entre los elegidos del Señor, debemos apelar a la filosofía moral; sólo ella podrá tranquilizarlas y componerlas. Si, sobre todo, nuestro hombre establece una paz con sus enemigos y controla los inestables tumultos de la bestia multiforme y el ímpetu, el furor y el asalto del león. Pero, si necesitamos de nuestro bienestar, deseamos la seguridad de una paz perpetua, ésta vendrá y sin dudas satisfará abundantemente nuestros votos: desaparecidas ya la una y la otra bestia, como víctimas inmoladas, entre la carne y el espíritu se sellará un pacto inviolable de paz santísima.

Así, la dialéctica neutralizará los desórdenes de la razón mortificada tortuosamente por las pugnas entre las palabras y los silogismos insidiosos. La filosofía natural calmará las opiniones confrontadas y las divergencias que separan y lastiman de las más extrañas maneras a las almas inquietas. Pero esa tranquilidad estará apoyada en el recuerdo de aquello que sostuvo Heráclito (7) acerca de que la naturaleza es engendrada por la guerra; por ello, Homero la llama: "contienda".

Por lo tanto, la santísima teología no puede brindarles una verdadera quietud y otorgarnos el don de una permanente paz, ni don ni privilegio. Sí, en cambio, nos mostrará la vía hacia la paz y nos servirá de guía, y ésta, viéndonos llegar, de lejos nos gritará: «Venid a mí, vosotros que estáis cansados. Venid y os restauraré. Venid a mí y os otorgaré la paz que no pueden daros el mundo ni la naturaleza».

Y así, respondiendo a esos suaves llamados, tan benignamente invitados, con los alados pies de Mercurio, volaremos hacia los brazos de la beatísima madre, y allí, de la ansiada paz gozaremos; paz santísima, unión eterna, amistad concordante por la cual todos los seres animados no sólo coinciden en esa Mente celestial y única que está por encima de toda mente, sino que además, de un modo sublime se confunden en uno sólo. Esta es la forma de amistad que los pitagóricos llamaron el propósito de toda filosofía. Esta es la paz que Dios predica en su morada y que permite a los ángeles descender a la Tierra y anunciar a los hombres de buena voluntad para que también ellos, los hombres, asciendan al cielo por ella y se vuelvan ángeles.

Auguremos, por lo tanto, esta paz a los amigos. Auguremos también esta paz a nuestro siglo. Fomentemos su prédica en todos nuestros actos, invoquémosla para nuestra alma, para que ella se vuelva así morada de Dios; para que, expulsada con la moral y con la dialéctica se adorne con toda la filosofía como un ornamento palaciego, corone el frontispicio de las puertas con la aureola de la teología, de modo que así descienda sobre ella el Rey de la gloria y, viniendo con el Padre, ponga mansión con ella.

Y si el alma del hombre es digna de tal huésped, ya que la bondad de Él es infinita, revestida de oro como de túnica nupcial y de la múltiple variedad de las ciencias, acogerá el espléndido huésped no ya como huésped, sino como a un esposo y, con tal de no ser de Él separada, deseará apartarse de su gente y, olvidada de la casa de su padre y hasta de sí misma, ansiará morir para vivir en el esposo celestial ante cuya mirada la muerte de los santos es preciosa. Muerte he dicho, si acaso muerte puede llamarse esa plenitud de vida cuya meditación de los sabios dijeron que era el estudio de la filosofía.

También, por cierto, apelamos a Moisés, en muy poco por debajo de la plétórica plenitud de la sagrada e inefable inteligencia con cuyo néctar se embriagan los ángeles. Oiremos al juez venerado que dicta las leyes para nosotros, habitantes en la desierta soledad del cuerpo. Dice el Exodo: «Los que, aún impuros, precisen de la moral, habiten con el vulgo fuera del tabernáculo, bajo el cielo descubierto como los sacerdotes griegos, hasta que estén purificados. Los que, en cambio, ya adaptaron sus hábitos, y que fueron recibidos en el santuario, no toquen todavía las cosas sagradas, sino, a través de un noviciado dialéctico, ofrézcanse al servicio de los sagrados oficios de la filosofía. Admitidos finalmente, contemplen, en las restricciones de la filosofía, ya el multicolor, es decir, sideral oropel del palacio de Dios; ya el candelabro celestial de siete llamas; ya los pelíceos elementos, para que sean recibidos en las más profundas moradas del templo por mérito de la teología sublime».

Por cierto, Moisés así nos lo ordena; y, ordenando así, nos acompaña e incita, y más aún, nos exhorta, a disponernos por medio de la filosofía, en tanto podamos, a recorrer el camino de la futura gloria celeste.

Bien es cierto que no sólo los misterios mosaicos y los cristianos, sino asimismo la teología de los antiguos nos muestran el valor y la dignidad de estas artes liberales de las cuales he venido a discutir. ¿Qué otra cosa, si no, quieren significar en los misterios de los griegos los grados habituales de los iniciados, que son admitidos a través de una purificación alcanzada con la moral y la dialéctica, artes que por cierto nosotros consideramos ya artes purificadoras? Y esa iniciación, ¿qué puede ser sino la interpretación de las más ocultas naturalezas mediante la filosofía?

Y cuando estaban así preparados, finalmente sobrevénia la famosa epopteia (8).

Es decir, la asunción de la luz divina mediante la luz de la teología. y pregunto: ¿quién no desearía ser iniciado en tales misterios? ¿Quién, desprendiéndose de todo valor terro y desechando los bienes de la fortuna, prescindiendo del cuerpo, no deseará, cuando aún es un peregrino en la Tierra, llegar a la mesa servida por los dioses y, humedecido por el néctar de la eternidad, recibir, criatura mortal, el don de la inmortalidad? ¿Quién no se esforzará por estar así inspirado por aquella celestial locura socrática, exaltada por Platón en el Pedro (9), y ser arrebatado en un instante y conducido a nuestra Jerusalén celeste, escapando, con el batir de las alas y de los pies, de este mundo, reino maligno?

¡Oh, padres!, ¡que nos arrebaten los furores socráticos y nos permitan volar fuera de la mente hasta colocarnos, nosotros y nuestra mente, en Dios!

Es claro y verdadero que seremos arrebatados si cumplimos primero con todo cuanto está en nosotros; si la moral, en efecto, ha refrenado, hasta sus justos límites los ímpetus de las pasiones, de manera tal que éstas estén armonizadas recíprocamente en acuerdo perdurable: si la razón procede ordenadamente mediante la dialéctica, nos embriagaremos, como excitados por las Musas, con la armonía celeste.

Entonces Baco, el señor de las Musas, se apersonará ante nosotros, vueltos filósofos, en sus misterios, esto es, en los signos evidentes de la naturaleza, los secretos invisibles de Dios, y él, Baco, nos embriagará con la abundancia de la morada divina en la cual, si como Moisés somos fidelísimos devotos, la sapientísima y santísima teología nos insuflará con doble furor.

Y así, montados en un sublime torreón, desde esa perspectiva celestial, referiremos todas las cosas que son, que fueron y que serán a la medida de lo eterno; y admirando en ellas su original belleza, cual febeos magos, sus amadores alados, y colocados fuera de nosotros en un indecible amor, poseídos por la inspiración y pletóricos de Dios como Serafines ardientes, dejaremos de ser nosotros mismos, para ser Aquel que nos hizo.

Los nombres del divino Apolo, si alguien escruta a tondo sus significados y los misterios encubiertos, demuestran suficientemente que este dios era filósofo no menos que poeta. Ningún sentido tiene tratar esto de otra manera, pues ya copiosamente lo ha ilustrado Amonios (10). Sin embargo, recordemos, oh padres, a aquellos que están por ingresar en el sacrosanto y augustísimo templo, no del falso sino del verdadero Apolo que ilumina toda alma que viene a este mundo, los tres preceptos délficos imprescindibles: se verá que no buscan otra cosa que no sea abrazar con toda su

fuerza aquella triple filosofía sobre la que discutimos.

En efecto, aquel viejo apotegma: medén agan, es decir: "nada con exceso": establece rectamente la norma y la regla de toda virtud según el criterio del justo medio, del cual trata la moral. y el famoso gnothi seaután, es decir: "conócete a ti mismo": incita y exhorta al conocimiento de toda la naturaleza. En efecto, el hombre se conoce a sí mismo, todo en sí mismo conoce, como ha escrito primero Zoroastro y después Platón en el Alcibiades. Finalmente, iluminados por la filosofía natural en tal conocimiento, más cerca ahora a Dios y declamando el saludo teológico El, esto es, "Tú eres": llamaremos al verdadero Apolo familiar y alegremente.

Recurriremos también a Pitágoras, sabio entre los sabios, por no haberse nunca considerado digno de tal nombre. Él prescribirá primeramente: «no sentarse sobre el celemín» (11), es decir, no dejar inactiva aquella parte racional con la cual el alma mide todo, juzga y examina, sino ejercitarla, conducirla y mantenerla lista con el ejercicio y la regla de la dialéctica.

Indicará luego de entre dos cuestiones que hay que evitar primero: «orinar de frente al sol» y «cortarnos las uñas durante el sacrificio». Sólo cuando con la moral hayamos expulsado de nosotros los apetitos superfluos de la voluntad y hayamos escondido las garras hirientes de la ira y los agujijones del ánimo, sólo entonces podremos penetrar en los sagrados misterios de Baco, de los cuales hemos hablado, y dedicarnos a la contemplación de la cual el Sol es mercedamente reputado padre y señor. Pitágoras, el sabio, nos aconsejará además «alimentar el gallo», es decir, saciar con el alimento y la celeste ambrosía de las cuestiones divinas la parte divina de nuestra alma. Este es el gallo al que por su aspecto teme y respeta el león, esto es toda potestad terrena. Este es el gallo a quien fue otorgada la inteligencia según el sapientísimo Job. El hombre perdido se orienta por el canto de este gallo. Es el gallo que cada día, al amanecer, canta, cuando los astros matutinos alaban al Señor. Es el mismo gallo que Sócrates cuando esperaba reunir lo divino de su alma con la divinidad del Todo, lejos del peligro de enfermedad corpórea, ya moribundo, dijo ser deudor a Esculapio, o sea, el médico de las almas (12).

Los caldeos, en sus copiosos documentos, si les damos fe, reseñan que en virtud de las mismas artes se abre a los mortales la vía de la felicidad. La sentencia de Zoroastro decía que el alma era alada. Según interpretan los caldeos, al caérseles las alas, se precipita al cuerpo y recién puede volar nuevamente cuando le vuelven a crecer. Habiéndole preguntado los discípulos de qué modo podrían volver al alma apta para el vuelo, con las alas bien emplumadas, respondió: «Mojad las alas con las aguas de la vida». Y luego, preguntado dónde podrían alcanzar las mencionadas aguas salvadoras, él respondió como era su hábito, con una parábola. «El paraíso de Dios está surcado por cuatro ríos: busca allí las aguas salvadoras.» Y mencionó luego el nombre de un río que corre en el Septentrión: «Se dice Pischon, que significa Justicia; el del ocaso tiene por nombre Dichon, vale decir, Expiación; el de Oriente se llama Chiddekel y significa Luz; y el que corre al mediodía se llama Perath y se puede entender como Fe».

Mirad y considerad con mucha atención qué significan estos dogmas de Zoroastro. Significan, por cierto, que purifiquemos la legajosidad de los ojos con la ciencia moral, como con ondas occidentales; que con la dialéctica, como un nivel boreal, fijemos

atentamente la mirada; que luego debemos habituarnos a tolerar en la contemplación de la naturaleza la luz aún temblorosa de la verdad; primer indicio del sol naciente; hasta que, finalmente, a partir de la piedad teológica y con el santísimo culto de Dios, resistamos vigorosamente, como las aves del cielo, el refulgente resplandor del sol del mediodía.

Estos saberes matutinos y vespertinos fueron cantados por David, primero, y después generosamente explicados por Agustín (13). Estos son los rayos resplandecientes que insuflan el corazón de los Serafines e ilumina al mismo tiempo a los Querubines. Esta es la razón a que siempre tendía el padre Abraham. Este es el espacio donde, según enseñaron tanto los cabalistas como los moros, no hay sitio para los inmundos de espíritu.

Y corresponde exponer en público al menos algo de los más recónditos misterios, aunque más no sea, en forma alegórica; esa súbita caída del cielo ha condenado la cabeza del hombre al vértigo.

Pues, según los dichos de Jeremías, al abrir las ventanas de la muerte se han contaminado el corazón y el sentimiento del hombre. Invoquemos por tanto, a Rafael (14), el médico celeste, para que nos libere con la moral y con la dialéctica, fármacos sanitarios. Restablecidos en buena salud se alojará en nosotros Gabriel (15), fuerza de Dios, quien, por medio de todos los milagros de la naturaleza, nos mostrará la bondad y la potencia de Dios, y nos presentará finalmente a Miguel (16), sumo sacerdote, quien, habiendo pregonado con nosotros en la filosofía, nos celebrará y con coronas de piedras preciosas nos coronará, con el sacerdocio de la Teología.

Estas razones, venerados padres, no sólo me incitaron, sino que me promovieron al estudio de la filosofía. Nada habría expuesto, por cierto, si no debiera responder a cuantos suelen condenar el estudio de la filosofía, sobre todo en los príncipes o en aquellos que en general gozan de cierta fortuna. Todo este filosofar, en efecto, es más bien razón de desprecio y de afrenta (tal es la miseria de nuestro tiempo) que de honor y de gloria. Y esta dañina y deformada convicción ha prevalecido hasta tal punto en la mentalidad de la mayoría que, según ellos, sólo unos pocos o quizás nadie debería filosofar.

¿Acaso no vale nada el investigar y el tener siempre ante la mente los problemas de las causas, de los procesos de la naturaleza, de la razón del universo, de las leyes divinas, de los misterios de los cielos y de la Tierra? ¿O debemos obtener de ello una utilidad o una ganancia? Hemos llegado a tal punto (¡Y bien horroroso!) que sólo se considera sabios a aquellos que hacen del estudio de la sabiduría una fuente de ganancia, de modo que se puede ver a la púdica Palas (17), residente entre los hombres por don divino, expulsada, ridiculizada Y vilipendiada. No hay por lo tanto quien la ame, quien la acompañe, si no es con un contrato de prostitución y de otorgar ganancia con su violada virginidad y, luego de recibirlo, depositar en el cofre del rufián ese mal habido dinero.

Esto lo declaro, y por cierto con un gran dolor y profunda indignación, no ya contra los príncipes, sino contra los filósofos de estos tiempos. Ellos creen y predicán que no se debe filosofar porque no se han establecido premios y recompensas para los filósofos; ¡como si con esta afirmación no mostraran no ser filósofos! Toda su vida, en efecto, al estar ésta puesta al servicio del lucro y de la ambición, no abrazan el conocimiento de la verdad por sí misma.

Se me deberá conceder al menos, y no enrojeceré al ser elogiado por ello, que nunca he filosofado sino por el amor a la pura filosofía. Tampoco he esperado ni he buscado nunca en mis estudios y en mis meditaciones ninguna gratitud ni ningún fruto que no fuese la formación de mi alma y el conocimiento de la verdad, por mí el objetivo supremo.

Amante insobornable y apasionado de la verdad, he dejado toda preocupación por los asuntos privados y públicos, para dedicarme por entero a la paz contemplativa. De ésta ni las calumnias de los envidiosos ni los dardos malignos de los enemigos han podido hasta aquí ni podrán nunca apartarme. La filosofía me ha enseñado a depender de mi sola conciencia por sobre los juicios de los otros y al mismo tiempo a estar atento no a lo que se dice en mi contra, sino a no hacer o decir algo malo yo mismo.

Por eso, venerados padres, no ignoraba que esta discusión habría de resultar tan agradable y placentera a todos vosotros: promotores de las buenas artes que quisisteis honrarla con vuestra presencia, como gravosa y molesta a muchos otros. Bien sé que no falta quien ha condenado antes y que ahora condena en muchos modos esta iniciativa mía. Ha sido así permanentemente: las buenas acciones, y por cierto las santas, tienen en general críticos no más numerosos, pero tampoco, como sabéis, más escasos, que las conductas viciosas y vacuas.

Desde ya que hay quienes desapruaban por completo esta clase de discusiones y censuran esta iniciativa mía de debatir en público cuestiones doctas argumentando que no es más que un artilugio para realizar una bella exhibición de ingenio y de doctrina que para abrirse al conocimiento. También están aquellos que, aunque no desapruaban esta suerte de ejercicio, no la aceptan en absoluto, simplemente por la razón de que yo, a mi edad, esto es, habiendo cumplido apenas veinticuatro años, he tenido la audacia de proponer una discusión sobre los misterios más altos de la Teología cristiana, sobre las doctrinas más profundas de la filosofía, en una amplísima reunión de hombres doctísimos, ante el Senado Apostólico. Si bien éstos aceptan que proponga mis argumentos, no admiten que lo haga sobre novecientas tesis, pues afirman que esto es tan superfluo y ambicioso como superior a mis fuerzas.

Es claro que me hubiera rendido ante tantas objeciones si así me lo enseñara la filosofía que profeso. Ni ahora, por su enseñanza, respondería, si considerara que esta discusión había sido promovida con el propósito de polemizar y altercar entre nosotros. Lejos de nuestro ánimo toda intención de litigio y de contienda, lejos esa envidia que según Platón, aparta del consenso de los dioses. Mejor examinemos amigablemente si es admisible que yo emprendiera esta disputa y discutiese acerca de tantas cuestiones.

A aquellos que critican la costumbre de plantear en público estas cuestiones, no he de decirles muchas cosas, desde el momento que tal culpa, si es que debe considerásele como tal, no sólo es común a todos vosotros, Eximios Doctores, que también asiduamente han asumido esta tarea no sin suma alabanza y gloria, sino a Platón, a Aristóteles, a todos los reputados filósofos de todos los tiempos. Todos ellos sentían la convicción de que nada les era más favorable al logro de la verdad que buscaban que el ejercicio continuo y frecuente de la discusión.

En el mismo sentido que se robustecen las fuerzas del cuerpo con la gimnástica, también, sin duda, en esta especie de palestra del espíritu, el vigor del alma se fortifica y endurece con el estudio y el debate. No otra cosa han querido dar a entender los poetas con las famosas armas de Palas y los hebreos al llamar barzel, vale decir, "hierro", al símbolo de las serpientes, sino la oportunidad de tal clase de luchas para obtener la sabiduría, sino la necesidad de ellas para defenderla.

Quizá también esta razón tienen los caldeos al demandar que en el nacimiento del destinado a ser filósofo Marte mire con aspecto trino a Mercurio, como si removidas estas conjunciones y resueltos estos contrastes, toda la filosofía hubiera de resultar tarda y perezosa.

Desde ya que poco puedo argumentar en contra de aquellos que me señalan como inferior a la empresa: si, en efecto, me considero a la altura de los conocimientos, se me acusará de falta de modestia y de ser presuntuoso; si, por el contrario, me confieso inferior, me señalarán como temerario e inconsulto.

Esta situación en que me encuentro es ciertamente embarazosa ya que no puedo dejar de prometer lo que luego no puedo dar sin reproche. Acaso podría citar lo de Job: «El espíritu está en todos».

O quizás escuchar a Timoteo (18): «Que nadie te desprecie por tu juventud». Sin embargo, a fuerza de ser más sincero y siguiendo a mi conciencia, diré que en mí no hay nada de grande ni de singular.

Aun admitiendo ser estudioso y ansioso de las buenas artes, sin embargo no pretendo ni me arrogo el nombre de doctor.

Por lo cual, si me he impuesto una tarea tan gravosa, no ha sido inconsciente de mi debilidad, sino porque sabía que ser vencido en esta suerte de batallas doctrinarias es un provecho. Por esto ocurre que el más débil debe enfrentarlas y buscarlas con empeño y propia iniciativa, ya que aquel que sucumbe recibe no un daño sino una ventaja, porque vuelve a casa más rico, esto es, más avezado y docto para futuras batallas. Así insuflado por tal espíritu, yo, sólo un débil soldado, no he tenido temor alguno de afrontar la peligrosa batalla con combatientes aguerridísimos y, por cierto, los más valerosos entre todos. Si mi empresa ha sido o no temeraria, podrá considerárselo mejor por el resultado del combate que por mi edad.

Me queda por cierto, contestar a aquellos que están ofendidos por el número grandísimo de las tesis propuestas. Como si el peso de cargar a ellas sobre las espaldas pendiera sobre ellos y no fuera yo quien debe afrontar tal fatiga, sin medir su peso. Es por cierto muy extraño e inconveniente querer poner un límite a la obra ajena y, como dice Cicerón, «el exigir mediocridad en aquello que tanto mejor es cuando mayor sea». En suma, en esta magna empresa se me impone sucumbir o triunfar. Si es digno de alabanza y me arriesgo en acertar en diez argumentos, no veo por qué se estima una culpa el hacerlo en novecientos. Si, en cambio, fracaso, los que me odian tendrán motivos para acusarme; los que en cambio me aman, podrán excusarme. Que un joven como yo, de escaso ingenio y de exigua doctrina, haya fracasado en tan arriesgada empresa es más bien un hecho digno de perdón que de condena.

Así dice también el poeta Propertio: «Si me flaquearen las fuerzas, verán mi gloria en mi atrevimiento: las empresas grandes se gratifican en el intento». Si en nuestro tiempo hay quienes buscan imitar a Gorgias de Leontini (19) proponiendo

disputas, no sin alabanzas, no sólo novecientas tesis, sino sobre todos los argumentos de todas las artes, ¿por qué no puedo yo, sin insultos ni reproche, discutir sobre otras muchas, bien precisas y determinadas? Me contestan que esto es superfluo y ambicioso. Y yo les respondo y lo he comprobado que de ninguna manera es superfluo, sino que para mí es necesario hacerlo: si éstos coincidieran conmigo en la razón de filosofar, se verían compelidos a reconocer tal necesidad absoluta.

Efectivamente, quienes se han sumado a una escuela filosófica cualquiera, por ejemplo la de Tomás, o la de Scoto, que en estos tiempos arrasan con los adeptos, fundan su adhesión doctrinal en la discusión de pocas cuestiones. En cambio yo me he propuesto el principio de no jurar por la palabra de nadie; frecuentar y conocer a todos los maestros de filosofía; examinar todas y cada una de las posiciones; recorrer así todas las escuelas. Enfrentado así a la necesidad de hablar de todos los filósofos, para no esgrimir una sola tesis específica, como si estuviera abrazado por ella y desatento de las otras, las cuestiones que propongo no podían ser en conjunto sino muchas, aunque pocas en lo atinente a cada uno.

Se me quiere reprochar que «da tempestad me lleva a cualquier ribera» (20). Una regla fue observada por todos los antiguos: los estudiosos de toda disciplina no deben descuidar ningún escrito. Esta regla la observó en particular Aristóteles, quien, por esta razón, era apodado anagnostes, vale decir, "lector". Es sin duda de mente estrecha encerrarse en una sola escuela, sea ella la del Pórtico o de la Academia. No puede por ello elegir con acierto entre todas la suya propia quien primero no ha examinado todas a fondo.

Y luego completa que en toda escuela hay algo de insigne que no le es común con las otras. Y para entrar a ver a los nuestros, a quienes ha llegado finalmente la filosofía, hay en John Scoto (21) algo de pujante y de sutil; en Santo Tomás, de compacto y de equilibrado; en San Francisco, de agudo y punzante. Y debemos hablar de los árabes, entre los cuales está Averroes que propone algo de seguro e indiscutible; en Avempace y en Alfarabí de grave y meditado; en Avicena, de divino y platónico (22).

También los griegos exhiben mayormente una filosofía límpida y clara: generosa y amplia en Simplicio, sintética en Temistio, inteligente y coherente en Alejandro de Afrodisia, sutilmente elaborada en Teofrasto, dinámica y gentil en Ammonios. y si se desea recurrir a los platónicos, para hablar sólo de algunos, tenemos en Porfirio la abundancia de los argumentos y una compleja religiosidad; la filosofía secreta y los misterios primitivos se pueden rastrear en Jámblico; la obra de Plotino se muestra en un todo admirable, porque habla divinamente de las cosas divinas y cuando habla de las cosas humanas supera a todos los hombres, a tal punto que con esfuerzo apenas si lo entienden los propios platónicos. Y omito los más recientes: Proclo, de lujurante fertilidad asiática, y de quien fluyeron Hermias, Damascio, Olimpodoro y tantos otros, en todos los cuales brilla siempre aquel "lo divino", emblema característico de los seguidores del gran Platón. (23)

Y cuando una escuela combate las más sublimes afirmaciones y se burla capciosamente de las buenas causas de la inteligencia, esta acción refuerza y no debilita la verdad, como muchos creen. El viento, al agitar la llama, la alimenta, no la extingue.

Esta razón me ha llevado a presentar las conclusiones no de una doctrina única -como hubiera complacido a muchos- sino de todas, de modo que de la apelación a varias escuelas y de la confrontación de diferentes corrientes filosóficas nazca ese «fulgor de la verdad» como decía Platón en las Cartas, para que de ese modo la verdad resplandezca en nuestras almas más claramente como el sol naciente desde el cielo.

¿De qué me hubiera servido discutir sólo la filosofía de los latinos, esto es, de Tomás, de Scoto, de Francisco, omitiendo la sapiencia de los griegos y de los que los siguieron hasta nuestros días? Los nuestros han considerado, respecto del campo filosófico, atenerse siempre a los descubrimientos de los anteriores y a perfeccionar el pensamiento ajeno.

¿Valdría la pena discutir sobre cuestiones naturales con los peripatéticos sin que interviniera también la Academia de los platónicos, cuya doctrina de las cosas divinas, según Agustín (24), ha sido siempre santísima entre todas las filosofías y ahora por primera vez, que yo sepa, que la envidia se aparte de estas palabras, ha sido llevada a un público debate? ¿Qué sentido tendría, además, discutir todas las opiniones ajenas, alrededor de un banquete de sabios, si yo hubiese aportado nada mío, nada generado y elaborado por nuestro propio ingenio?

Es verdaderamente poco digna, como afirma Séneca, la sabiduría que no es sino reflejo de los libros, como si esos reflejos de los mayores cerraran las puertas a nuestra obra; como si, exprimida ya la fuerza de la naturaleza no se pudiera engendrar algo que, aunque sin exhibir plenamente la verdad, la vislumbre al menos en lontananza. Pues si el campesino odia la infecundidad del campo y el marido la de la mujer, también es cierto que la Mente repudiará tanto más a un alma infecunda, cautivada a sí misma cuanto más noble sea la prole que de ella se desea. Por eso es que yo, no satisfecho con haber reunido además de las comunes muchas otras doctrinas, desde los caldeos hasta Pitágoras, numerosos de los más escondidos misterios de los hebreos, hemos propuesto también a la discusión muchísimos argumentos encontrados y elaborados por nosotros, referentes a las cosas naturales y divinas.

Ante todo, hemos establecido el acuerdo entre Platón y Aristóteles, que ya antes muchos han sostenido, aunque por cierto ninguno pudo probarlo lo suficiente. Ya el latino Boecio había prometido hacerlo, pero no consta que cumpliera con su compromiso de siempre.

También entre los griegos, por ejemplo Simplicio, que había sostenido lo mismo y ojalá hubiera cumplido su promesa; pero tanto sucede con Agustín, cuyo libro *Contra los Académicos* escribe que fueron muchos los que intentaron probar tal cosa en sus sutilísimas argumentaciones, esto es, que la filosofía de Platón y la de Aristóteles son una y la misma filosofía. Y no olvidemos que Juan Gramático (25) dice que Platón difiere de Aristóteles sólo para aquellos que no comprenden las palabras de Platón, pero ha dejado la demostración a los sucesores.

También hemos de sumar otras tesis en las cuales afirmamos que los pareceres considerados discordes de tanto de Scoto como de Tomás, tanto de Averroes como de Avicena, son, sin dudas, coincidentes.

Más tarde hemos expuesto las conclusiones halladas por nosotros, tanto en lo que respecta a la filosofía platónica como a la aristotélica y de allí surgieron setenta y dos

nuevas tesis físicas y metafísicas que una vez demostradas posibilitarán que cualquier persona, si no me engaño, lo que me será revelado prontamente, pueda resolver cualquier cuestión, propuesta natural y teológica, con muy otro criterio que el enseñado en las escuelas y usado por los filósofos de nuestro tiempo. Y nadie debe extrañarse, oh padres, de que yo, inmaduro en edad, por lo cual algunos insinúan, que apenas puedo leer las disertaciones de los otros, quiera plantear una nueva filosofía. Sin embargo, lo que pretendo es que se la elogie si mi defensa es buena o, por el contrario, se la condene si se la demuestra falsa. Por ello les pido a aquellos que juzgarán, a través de estos escritos, mis descubrimientos, que no se obnubilen por los años del autor, sino por los méritos y deméritos de la obra.

También podréis ver que en estas nuevas tesis propuestas, se apela a otro procedimiento filosófico basado en los números; aunque es bien antiguo, ha sido retomado por nosotros, teniendo en cuenta que fue seguido por los primeros teólogos, especialmente por Pitágoras, por Aglaofemo, por Filolao, por Platón, y también por los platónicos antiguos. Esa doctrina se ha extraviado en los tiempos por negligencia de los sucesores que apenas si se encuentran rastros de ella.

En el *Epinomis*, Platón dice que la ciencia del numerar es brillante y altamente divina entre las artes liberales y las ciencias del contemplar. Y cuando se pregunta por qué el hombre es el más sapiente de los animales, se responde: porque sabe numerar.

Es ésta una sentencia que también Aristóteles recuerda en los *Problemas*. Según Abumasar, fue opinión de Avenzoar, el babilonio, que «todo lo sabe quien sabe numerar». Lo cual de ninguna manera sería verdadero si entendiéramos por el arte de numerar el vulgar arte del cómputo en el que son expertos sobre todo los mercaderes. En el mismo sentido se pronuncia Platón cuando advierte que no debemos confundir esta aritmética divina con la aritmética de los mercaderes. Tras largas reflexiones, considerando, pues, haber analizado a fondo esta aritmética tan exaltada y presto a enfrentar la discusión, he asumido el compromiso de confrontar públicamente, a través de setenta y cuatro cuestiones referidas a los números, reconocidas principalmente entre la física y las divinas.

También hemos propuesto algunos teoremas mágicos, en los cuales hemos afirmado que la magia es doble: una se funda exclusivamente en las obras y la autoridad de los demonios, cosa del todo execrable y monstruosa; la otra por el contrario, si bien se la considera, no es sino la consumación absoluta de la filosofía natural. Los griegos, atendiendo a la una y la otra, indican la primera, no considerándola de ningún modo digna del hombre de magia, y la nombran con la palabra *goeteian*; en cambio, a la segunda la mencionan con el propio y peculiar nombre de *mágeian*, es decir, la perfecta y suprema sabiduría.

Porfirio (26) afirma acertadamente que en lengua persa "mago" tiene el mismo significado que entre nosotros "intérprete y cultor de las cosas divinas". Es, por lo tanto, muy grande, y aun grandísima, oh padres, la diferencia entre estas artes. Siendo la primera no sólo condenada y execrada por la religión cristiana sino por todas las leyes, por todo los sabios y por todos los pueblos amantes de las cosas celestes y divinas. Es aquélla la más fraudulenta entre todas las artes; en cambio ésta es firme, digna de fe y sólida. Todos los que con aquélla practicaron, lo simulaban siempre, pues el difundirlo les habría granjeado la ignominia y, por cierto, la condena; en el ejercicio de la magia

divina, muy por el contrario, tanto en la antigüedad como en los tiempos venideros, se ganó suma celebridad y gloria en las letras. Ningún filósofo estudioso ni hombre deseoso de aprender las buenas artes la abrazó para su causa; en cambio, para aprehender ésta, Pitágoras, Empédocles, Demócrito y Platón, y tantos más, cruzaron los mares para, al regresar, enseñarla a sus discípulos. Así la cultivaron como arte suprema en sus misterios.

Así, en tanto y en cuanto ninguna razón superior la garantiza, ella no es tenida en cuenta por ninguna autoridad. Ésta, en cambio, fue ennoblecida por ilustres genitores, entre todos, dos cultores principales: Xalmoxis, que fue iniciado por Abaris el hiperbóreo, y Zoroastro, no aquel en quien acaso pensáis, sino el hijo de Oromasio.

Y será Platón quien, si lo interrogamos en el Alcibiades (27), nos diga en qué consiste la magia de ellos: la magia de Zoroastro era la ciencia de las cosas divinas. La misma ciencia que los reyes persas enseñaban a sus hijos para que aprendieran a regir el propio Estado según el ejemplo del orden del mundo. Y en el Cármides (28) nos contestará que así como la medicina ofrece la salud al cuerpo, magia de Xalmoxis es la medicina del alma; con ella se alcanza la templanza interior.

En esa misma huella perseveraron Carondas, Damigeron Apolonio, Ostanes, Dárdano (29). Luego la siguió el propio Homero, quien, como algún día demostraremos en nuestra Teología poética, en el viaje de su Ulises simbolizó, entre otras muchas ciencias, también a ésta.

Los siguieron Eudoxo y Hermipo (30). Y luego, casi todos aquellos que investigaron a fondo los misterios pitagóricos y platónicos. Entre los modernos puedo señalar a tres: el árabe Alkindi, Rogelio Bacon y Guillermo de París. También la registra Plotino, quien demuestra que el mago es ministro y no artífice de la naturaleza; ese hombre tan sabio aprueba tal clase de magia y la sostiene, mientras en cambio, aborrece a tal punto la otra que, invitado a la celebración de los malos espíritus, responde que es mejor que ellos fueran a él y no él a ellos. Aquella no puede reivindicar ni el nombre de arte ni el nombre de ciencia; ésta, llena de misterios tan profundos, abraza la más alta contemplación de las cosas más secretas y, finalmente, el conocimiento entero de la naturaleza.

Ésta, como extrayendo de las profundidades la luz, las benéficas fuerzas dispersas y diseminadas en el mundo por la bondad de Dios, no tanto realiza los milagros mas sí se pone al servicio de la naturaleza milagrosa. Ésta, indagando íntimamente el secreto acuerdo del universo, eso que los griegos llaman, significativamente, *sympatheian* habiendo explorado el mutuo vínculo de las cosas naturales, adaptando a cada una de las congénitas lisonjas que se llaman iunges, es decir, encantamiento de los magos, lleva a la luz, como si ella misma fuese el origen, los milagros escondidos en las profundidades del mundo, en el seno de la naturaleza, en los misterios de Dios. Y así como el labrador comulga los olmos y las vides, el mago desposa la tierra y el cielo; esto es, a las fuerzas del mundo inferior con las dotes y las propiedades del mundo superior.

Se deduce por tanto, que como la primera magia aparece monstruosa y nociva, la segunda es divina y saludable. Sobre todo porque la primera pone al hombre a expensas de los enemigos de Dios, es decir, lo aleja de Dios; en cambio la otra, lo excita a tal admiración por las obras del Señor, que de ella derivan seguramente la caridad, la fe y

la esperanza.

Porque, en efecto, nada fomenta más la religión y el culto de Dios que la constante contemplación de sus maravillas: cuando a través de esta magia natural de la cual tratamos las hayamos examinado detenidamente, entonces, más ardientemente animados por el culto y el gran amor del Artífice, seremos impelidos a cantar: «Los cielos están plétóricos y la tierra también lo está, de la majestad de Tu gloria».

Y dejemos ya el tema de la magia, de la cual he hablado tanto, porque conozco a muchos que, como los perros que ladran a lo que no conocen, así también ellos condenan y odian lo que no comprenden.

Continúo pues con los temas que, tomados de los antiguos misterios de los hebreos, he acarreado para confirmación de la sacrosanta y católica fe y con el propósito de que no sean valorados por quienes los ignoran como vanidades, tonterías o invenciones de charlatanes; quiero que todos sepan a qué llevan, por cuáles ilustres autores son apoyados y por cierto, cuán escondidas, divinas y necesarias son tales cosas para defender nuestra sagrada religión contra las descabelladas calumnias de los hebreos.

No sólo los célebres doctores lo consignan, sino, entre los nuestros también Esdras, Hilario y Orígenes, que Moisés recibió en el monte no sólo aquella Ley que dejó a los sucesores puesta en cinco libros, sino también una secreta y profunda interpretación de ella. Y, se dijo, Dios le ordenó que publicara esa ley pero que la interpretación no la escribiese ni la divulgase y sólo la revelara a Josué y éste, después, por turno, a los otros sumos sacerdotes sucesivos, bajo absoluto y sagrado silencio.

El simple relato de los hechos debía ser suficiente para conocer la potencia de Dios, su ira contra los impuros, la indulgencia para con los buenos y la justicia para con todos. Bastaba ser educados por medio de preceptos divinos y saludables para una vida buena y feliz, para el culto de la verdadera religión. Pero no revela abiertamente a la plebe los misterios más secretos, escondidos bajo la corteza de la Ley y ocultos bajo la tosca vestidura de las palabras, exponer los sublimes arcanos de Dios. ¿Qué hubiera sido sino dar el sacramento a los perros y arrojar las perlas a los cerdos?

Sin duda, no fue obra de la prudencia humana sino de la divina, mantener todo esto oculto al vulgo y comunicarlo sólo a los perfectos, a los únicos entre los cuales, afirma Pablo, es digno pronunciar palabras de sabiduría. y los antiguos filósofos respetaron escrupulosamente ese mandato.

Pitágoras escribió muy pocas cosas que al morir confió a su hija Damo. Las esfinges esculpidas en los templos egipcios apercibían que las enseñanzas místicas fueran custodiadas con los nudos de los enigmas, inasequibles a la multitud profana. Platón le dice a Dionisio acerca de las sustancias supremas: «Debo apelar al enigma, de modo que si alguna vez la carta cayera en mano ajena, lo que escribo no sea comprendido por otros». Por su parte, Aristóteles argumentaba que los libros de la Metafísica en que trata a las cosas divinas eran éditos e inéditos. ¿Qué más? Jesucristo, maestro de vida, según Orígenes, reveló a los discípulos muchas cosas que ellos no quisieron escribir para que no llegaran al vulgo. Esto lo confirma sobre todo Dionisio Areopagita, quien dice que los misterios más secretos fueron transmitidos por los fundadores de nuestra

religión ek noü eis noun eis noun diá meson logon, lo que quiere decir, de mente a mente, sin escritos y desde ya, sin intermediarios del Verbo.

Aquella veraz interpretación de la ley comunicada a Moisés por Dios fue llamada cábala (31), lo cual entre los hebreos significa lo mismo que para nosotros: Tradición. Y esto simplemente porque esa doctrina había sido transmitida, no por medio de documentos literarios, sino a través de revelaciones que el uno recibía del otro, diríase, como por derecho hereditario. Sin embargo, cuando los hebreos fueron liberados por Ciro de la cautividad babilónica y cuando hubieron construido el templo bajo Zorobabel, depositaron su preocupación en restaurar la Ley. Entonces, la cabeza de la Iglesia, Esdras (32), tras correr el libro de Moisés, viendo claramente que era imposible mantener la costumbre fijada por los padres de transmitir oralmente la doctrina en esa situación de los exilios, las persecuciones, las penas y las prisiones a las que era sometido el pueblo de Israel, y dado que así habrían parecido los misterios, concebidos por Dios, de tal celeste doctrina, desconfiando de la perdurabilidad de la memoria en la interpretación de textos escritos, pidió que cada cual manifestase lo que tenía en la memoria de los misterios de la Ley.

Estos misterios, llamados misterios de los escribas, fueron transcriptos en setenta volúmenes, tantos cuantos eran entonces los sabios en el Sanhedrín. Y porque esto no debéis creérmelo sólo a mí, oíd a Esdras que dice así: «Cuando hubieron pasado cuarenta días, el Altísimo nos habló diciendo: "lo primero que has escrito, hazlo público y que lo lean los dignos y los indignos; pero conservarás los últimos setenta libros para confiarlos a los sapientes de tu pueblo; en ellos está la vena del intelecto, la fuente de sabiduría, un río de ciencia". Y así he hecho».

Estos son los libros de la ciencia de la Cábala. Con razón proclamó Esdras que en ellos estaba la vena del intelecto, esto es, la sublime teología de la supersustancial Divinidad; es decir, la fuente de la sabiduría; la exacta metafísica de las formas inteligibles y angélicas, y el río de la ciencia, o sea, la férrea filosofía de la naturaleza. Sixto IV, sumo Pontífice, el inmediato predecesor de Inocencio VIII, bajo cuya tutela felizmente vivimos, se esforzó con gran cuidado y celo en que estos libros fueran traducidos al latín para pública utilidad de nuestra fe. En el momento de su muerte, eran tres los que habían sido traducidos. Estos libros son hoy venerados entre los hebreos con tan religioso respeto que no puede tocarlos quien no haya cumplido los cuarenta años. Me los he procurado con no leve gasto, los he leído con suma diligencia e infatigable estudio: he visto en ellos -Dios es mi testigo- no tanto la religión mosaica como la cristiana; sino que he encontrado allí el misterio de la Trinidad, la Encarnación del Verbo, la divinidad del Mesías.

He leído en ellos las mismas cosas que cada día leemos en Pablo y en Dionisio, en Jerónimo y en Agustín, sobre el pecado original y sobre la expiación de éste por medio de Cristo; sobre la Jerusalén celeste y sobre la caída de los demonios; sobre las órdenes angélicas y también sobre el Purgatorio y las penas del Infierno.

En lo que concierne a la filosofía, es como oír sin más a Pitágoras ya Platón, cuyas afirmaciones son tan afines a la fe cristiana que nuestro Agustín da grandísimas gracias a Dios por haberle caído en las manos los libros platónicos.

Para terminar, no hay argumentos controvertidos entre nosotros y los hebreos en que éstos no puedan ser combatidos y convencidos con los libros de los cabalistas, hasta el punto de no quedarles ni un rincón donde esconderse. De lo cual tengo testigo inalienable en Antonio Crónico, varón muy erudito, quien en un banquete en su casa, oyó con sus propios oídos a Dáctilo Hebreo, gran perito en tal ciencia, llegar en todo y por todo a las mismas conclusiones que los cristianos a propósito de la Trinidad.

Para volver al examen de los argumentos de mi disputa, he aportado también mi forma de interpretar las composiciones de Orfeo y de Zoroastro. En los textos griegos, Orfeo se lee casi integralmente, en cambio Zoroastro está mutilado, pero más completo en los caldeos.

Ambos son considerados padres y autores de la antigua sabiduría.

Para no mencionar, en efecto, a Zoroastro, recordado frecuentemente por los platónicos y siempre con una suma veneración, Jámblico de Calcidia escribe que Pitágoras tuvo la teología órfica como modelo para plasmar y formar su filosofía. Por ello precisamente, por haber derivado de la iniciación órfica, las enseñanzas de Pitágoras son llamadas sagradas. De las instituciones órficas emergió, como de su primera fuente, la secreta doctrina de los números y todo aquello que de grande y de sublime tuvo la filosofía griega.

Según los modos de los teólogos antiguos, Orfeo revistió los misterios de sus dogmas con el velo de la fábula y los disimuló con alegorías poéticas, de modo que quien lee sus himnos puede creer que no pasan de fabulillas y divagaciones juguetonas.

Todo esto he querido expresarlo para que se comprenda cuál ha sido mi fatiga y cuál la dificultad para sacar de la maraña de los enigmas, del velo de las fábulas, los significados de la secreta filosofía. Y todo esto sin la colaboración de otros intérpretes en una materia tan difícil, tan recóndita e inexplorada.

Sin embargo los perros han ladrado y en sus ladridos me han acusado de acumular por mera ostentación minucias y tonterías, como si yo no hubiera propuesto todas las cuestiones más ambiguas y controvertidas sobre las cuales disputan las escuelas filosóficas más egregias; como si yo no hubiese propuesto cuestiones siempre ignoradas y nunca abordadas por aquellos que me atacan y se repuntan príncipes entre los filósofos.

Muy lejos estoy de esas culpas, por eso he tratado de reducir la discusión al menor número posible de puntos. Si hubiese querido, como buscan otros, dividirla y desmenuzarla en sus miembros, ésta habría alcanzado un número innumerable de tesis.

Para silenciar el resto, ¿quién no sabe que una sola de las novecientas tesis, a saber, aquella sobre la concordancia de la filosofía de Aristóteles y de Platón, yo la hubiera podido dividir -sin ser mínimamente sospechoso de afectada prolijidad-, en seiscientos puntos, para no decir más, enumerando separadamente todos los lugares en que los otros consideran que contrastan y yo, en cambio, pienso que están de acuerdo?

Aunque no sea modesto de mi parte y contraría mi índole diré la verdad, y la diré porque los envidiosos me conminan a decirla y asimismo los calumniadores me obligan;

yo he pretendido mostrar no tanto que sé muchas cosas como que sé cosas que muchos ignoran.

Y para que mi discurso no entretenga más vuestro deseo, para que ahora esto lo demuestren los hechos, oh padres venerados, excelentísimos doctores a quienes me acerco, no sin gran placer, ya quienes veo, prontos y preparados en espera de la contienda, con pronto augurio y felicidad, como al sonido de la trompa de guerra, vayamos pues al combate.

NOTAS

- (1) Hay dudas sobre este filósofo. Se cree que el autor hace referencia a un escritor persa del siglo VIII.
- (2) Esta idea la desarrolla Platón en Protágoras
- (3) Según la mitología griega, Proteo conocía todas las cosas pasadas, presentes y futuras, pero era capaz de cambiar voluntariamente su aspecto para evitar a los que requerían de su facultad profética
- (4) Libro del Antiguo Testamento atribuido a Job, su personaje principal Según la mayoría de los eruditos, corresponde al período postexílico (desde el 500 al 250 a C.) El libro es una parte de la literatura sapiencial del Antiguo Testamento. en la que se incluyen el Eclesiastés y los Proverbios.
- (5) Osiris. dios de la mitología griega, considerado tanto el soberano del reino de los muertos como fuente de la vida renovada.
- (6) Empédocles (c. 493 a. C. - 433 a. C.), filósofo, político y poeta griego. Según este filósofo, la realidad es cíclica. Al comenzar un ciclo, los cuatro elementos se encuentran unidos por el principio del amor. Cuando el odio penetra en el círculo, los elementos empiezan a separarse. El amor funde todas las cosas; y el odio reemprende el proceso.
- (7) Heráclito (c. 540-c. 475 a. C.), filósofo griego, quien sostenía que el fuego era el origen primordial de la materia y que el mundo entero se encontraba en un estado constante de cambio. En su obra De la naturaleza de las cosas. afirma. «La guerra es el padre y el rey de todas las cosas. »
- (8) Vocablo griego traducible como visión o revelación divina.
- (9) Platón (c. 428-c. 347 a. C.), uno de los pensadores más originales de la filosofía occidental, en Fedro, desarrolla sus diálogos sobre la belleza y el amor.
- (10) Ammonios Saccas, teólogo alejandrino del siglo III
- (11) Celemín. Antigua unidad de superficie que equivalía a unos 537 m² (terreno que se consideraba necesario para sembrar una cantidad de trigo igual a un celemín). Pitágoras lo usa en el sentido que se dio luego a "sentarse en los laureles".
- (12) Esculapio o Asclepio. dios de la medicina en la mitología griega.
- (13) San Agustín de Hipona (354-430). Teólogo cristiano, el más grande de los Padres de la Iglesia. Aquí hace mención a su obra: De Genesi ad litteram (Sobre el Génesis a la letra).
- (14) Arcángel Rafael. Ser celestial. Según la tradición cristiana pertenece al octavo coro de lo, nueve que componen la jerarquía de los ángeles (en orden decreciente, estos coros son: serafines, querubines, tronos, dominaciones, potestades, virtudes, principados, arcángeles y ángeles).

- (15) Arcángel.
- (16) Arcángel.
- (17) Palas Atenea. En la mitología. considerada la Diosa “Virgen”.
- (18) San Timoteo. (siglo I) Misionero cristiano y discípulo de confianza de San Pablo.
- (19) Gorgias (c. 485-c. 380 a. C.). Retórico griego y filósofo sofista, nacido en Leontini (Sicilia). Es el personaje del título del diálogo Gorgias de Platón, donde Sócrates discute sobre la retórica falsa y verdadera, y sobre la retórica entendida como el arte de la adulación.
- (20) Cita de las Epístolas de Horacio (65 a. C.-8 a. C.), poeta lírico romano.
- (21) Filósofo escolástico escocés del siglo XIII, John Duns Scotus admitió que la humanidad había perdido debido a la caída de Adán su *justitia originalis* (del latín, sabiduría original), pero subrayó el carácter libre de la voluntad.
- (22) Avicena (c.1095-1139); Filósofo, matemático, compositor, poeta y científico hispanoárabe. Alfarabí (c. 873-950) Filósofo musulmán que propuso la primacía de la verdad filosófica sobre la revelada, afirmando, contra la creencia de otras religiones. que las verdades filosóficas son universales y no relativas a los espacios geográficos. Avicena (980-1037), filósofo y médico islámico persa, está considerado uno de los mayores filósofos islámicos. Su obra El canon de la medicina fue durante mucho tiempo un libro de texto preeminente en Oriente Próximo y en Europa. Su obra más conocida es Kitab ash Shifa, (El libro de la curación), un compendio de tratados sobre lógica, metafísica, antropología aristotélica, ciencias naturales y otros temas.
- (23) Filósofos escolásticos que dan cuenta de que el autor no evitó el estudio de ninguno de los pensadores posteriores a los clásicos griegos.
- (24) San Agustín de Hipona, en la obra Contra los Escolásticos.
- (25) Juan Gramático o Filópones. Filósofo griego del siglo VI.
- (26) Porfirio. filósofo griego Conocido por su compleja clasificación de jerarquía ontológica (denominada "árbol de Porfirio") en la que agrupó a los diferentes tipos de especies y géneros, que tuvo una amplia repercusión en el pensamiento posterior.
- (27) Entre los Diálogos, el Alcibíades es adjudicado con reservas al filósofo griego.
- (28) Dentro de los Diálogos en Cármides, Platón intenta definir la templanza.
- (29) Mencionados por Tertuliano (c 160-220), primer gran escritor cristiano, cuya obra se destaca por su vigor, suave sarcasmo y expresión aguda y concisa, así como por su hábil, aunque a veces engañoso, razonamiento. Fue también uno de los primeros Padres de la Iglesia. Es autor de, entre otras obras, Apologético, De los derechos de los herejes. Del bautismo y Sobre la oración.
- (30) Eudoxo (408-355 a. C) Astrónomo y matemático griego que realizó importantes aportaciones en el campo de la geometría y expuso la primera explicación sistemática de los movimientos del Sol. la luna y los planetas. Hermipo. Cómico y poeta ateniense. Contemporáneo del anterior.
- (31) Cábala (en hebreo, “tradicón recibida”) En su sentido genérico, designa al misticismo judío. En sentido específico, se utiliza para nombrar a cada una de las dos escuelas cabalísticas. la alemana (centrada en la oración y la meditación) y la hispana, que derivó hacia la especulación y la teosofía esotérica y que cristalizó en el siglo XIII en la península Ibérica y de donde derivan todos los movimientos religiosos posteriores en el judaísmo.

- (32) Esdras. Libro del Antiguo Testamento que, junto con el Libro de Nehemías, relata la historia de los judíos desde 536-432 a. C Está atribuido a Esdras, un sacerdote que fue una figura fundamental en el renacimiento del judaísmo en Palestina tras el cautiverio en Babilonia.

DISCURSO SOBRE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

Versión en latín

Oratio de hominis dignitate

§ 1.

1. [132r] Legi, Patres colendissimi, in Arabum monumentis, interrogatum Abdalam sarracenum, quid in hac quasi mundana scena admirandum maxime spectaretur, nihil spectari homine admirabilius respondisse.

2. Cui sententiae illud Mercurii adstipulatur: «Magnum, o Asclepi, miraculum est homo».

§ 2.

3. Horum dictorum rationem cogitanti mihi non satis illa faciebant, quae multa de humanae naturae praestantia afferuntur a multis: esse hominem creaturarum internuntium, superis familiarem, regem inferiorum; sensuum perspicacia, rationis indagine, intelligentiae lumine, naturae interpretem; stabilis evi et fluxi temporis interstitium, et (quod Persae dicunt) mundi copulam, immo hymeneum, ab angelis, teste Davide, paulo deminutum.

§ 3.

4. Magna haec quidem, sed non principalia, idest quae summae admirationis privilegium sibi iure vendicent.

5. Cur enim non ipsos angelos et beatissimos caeli choros magis admiremur?

6. Tandem intellexisse mihi sum visus, cur felicissimum proindeque dignum omni admiratione animal sit homo, et quae sit demum illa conditio quam in universi serie sortitus sit, non brutis modo, sed astris, sed ultramundanis mentibus invidiosam.

7. Res supra fidem et mira.

8. Quidni? Nam et propterea magnum miraculum et admirandum profecto animal iure homo et dicitur et existimatur.

9. Sed quae nam ea sit audite, Patres, et benignis auribus pro vestra humanitate hanc mihi operam condonate.

§ 4.

10. Iam sum[m]us Pater architectus Deus hanc quam videmus mundanam domum, divinitatis templum augustissimum, archanae legibus sapientiae fabrefecerat.

11. Supercelestem regionem mentibus decorarat; ethereos globos aeternis animis vegetarat; excrementarias ac feculentas inferioris mundi partes omnigena animalium turba complerat.

12. Sed, opere consumato, desiderabat artifex esse aliquem qui tanti operis rationem perpenderet, pulchritudinem amaret, magnitudinem admiraretur.

13. Idcirco iam rebus omnibus (ut Moses Timeusque testantur) absolutis, de producendo homine postremo cogitavit.

14. Verum nec erat in archetipis unde novam sobolem effingeret, nec in thesauris quod novo filio hereditarium largiretur, nec in subselli[i]s totius orbis, ubi universi contemplator iste sederet.

15. Iam plena omnia; omnia summis, mediis infimisque ordinibus fuerant distributa.

16. Sed non erat paternae potestatis in extrema faetura quasi effeta defecisse; non erat sapientiae, consilii inopia in re necessaria fluctuasse; non erat benefici amoris, ut qui in aliis esset divinam liberalitatem laudaturus in se illam damnare cogere.

§ 5

17. Statuit tandem optimus opifex, ut cui dari nihil proprium poterat commune esset quicquid privatum singulis fuerat.

18. Igitur hominem accepit indiscretae opus imaginis atque in mundi positum meditullio sic est alloquutus: «Nec certam sedem, nec propriam faciem, nec munus ullum peculiare tibi dedimus, o Adam, ut quam sedem, quam faciem, quae munera tute optaveris, ea, pro voto, pro tua sententia, habeas et possideas.

19. Definita caeteris natura intra praescriptas a nobis leges cohercetur.

20. Tu, nullis angustiis cohercitus, pro tuo arbitrio, in cuius manu te posui, tibi illam prefinies.

21. Medium te mundi posui, ut circumspiceres inde comodius quicquid est in mundo.

22. Nec te celestem neque terrenum, neque mortalem neque immortalem fecimus, ut tui ipsius quasi arbitrarius honorariusque plastes et fctor, in quam/132v/ malueris tute formam effingas.

23. Poteris in inferiora quae sunt bruta degenerare; poteris in superiora quae sunt divina ex tui animi sententia regenerari».

§ 6.

24. O summam Dei patris liberalitatem, summam et admirandam hominis foelicitatem!

25. Cui datum id habere quod optat, id esse quod velit.

26. Bruta simul atque nascuntur id secum afferunt (ut ait Lucilius) e bulga matris quod possessura sunt.

27. Supremi spiritus aut ab initio aut paulo mox id fuerunt, quod sunt futuri in perpetuas aeternitates.

28. Nascenti homini omnifaria semina et omnigenae vitae germina indidit Pater.

29. Quae quisque excoluerit illa adolescent, et fructus suos ferent in illo.

30. Si vegetalia planta fiet, si sensuality obrutescet, si rationalia caeleste evadet animal, si intellectualia angelus erit et Dei filius.

31. Et si nulla creaturarum sorte contentus in unitatis centrum suae se receperit, unus cum Deo spiritus factus, in solitaria Patris caligine qui est super omnia constitutus omnibus antestabit.

§ 7.

32. Quis hunc nostrum chamaeleonta non admiretur?

33. Aut omnino quis aliud quicquam admiretur magis?

34. Quem non immerito Asclepius Atheniensis versipellis huius et se ipsam transformantis naturae argumento per Protheum in mysteriis significari dixit.

35. Hinc illae apud Hebreos et Pythagoricos methamorphoses celebratae.

§ 8.

36. Nam et Hebreorum theologia secretior nunc Enoch sanctum in angelum divinitatis, quem vocant nunc in alia alios numina reformant.

37. Et Pythagorici scelestos homines in bruta deformant et, si Empedocli creditur, etiam in plantas.

38. Quos imitatus Maumeth illud frequens habebat in ore, qui a divina lege recesserit brutum evadere, et merito quidem.

39. Neque enim plantam cortex, sed stupida et nihil sentiens natura; neque iumenta corium, sed bruta anima et sensualis; nec caelum orbiculatum corpus, sed recta ratio; nec sequestratio corporis, sed spiritalis intelligentia angelum facit.

40. Si quem enim videris deditum ventri, humi serpentem hominem, frutex est, non homo, quem vides; si quem in fantasiae quasi Calipsus vanis praestigiis cecucientem et subscalpenti delinitum illecebra sensibus mancipatum, brutum est, non homo, quem vides.

41. Si recta philosophum ratione omnia discernentem, hunc venereris; caeleste est animal, non terrenum.

42. Si purum contemplatorem corporis nescium, in penetralia mentis relegatum, hic non terrenum, non caeleste animal: hic augustius est numen humana carne circumvestitum.

§ 9.

43. Ecquis hominem non admiretur?

44. Qui non immerito in sacris litteris Mosaicis et Christianis, nunc omnis carnis, nunc omnis creaturae appellatione designatur, quando se ipsum ipse in omnis carnis faciem, in omnis creaturae ingenium effingit, fabricat et transformat.

45. Idcirco scribit Evantes Persa, ubi Chaldaicam theologiam enarrat, non esse homini suam ullam et nativam imaginem, extrarias multas et adventitias.

46. Hinc illud Chaldeorum idest homo variae ac multiformis et desultoriae naturae animal.

§ 10.

47. Sed quorsum haec?

48. Ut intelligamus, postquam hac nati sumus conditione, ut id simus quod esse volumus, curare hoc potissimum debere nos, ut illud quidem in nos non dicatur, cum in honore essemus non cognovisse similes factos brutis et iumentis insipientibus.

49. Sed illud potius Asaph prophetae: «Dii estis et filii Excelsi omnes», ne, abutentes indulgentissima Patris liberalitate, quam dedit ille liberam optionem, e salutari noxiam faciamus nobis.

50. Invadat animum sacra quaedam ambitio ut mediocribus non contenti anhelemus ad summa, adque illa (quando possumus si volumus) consequenda totis viribus enitamur.

51. Dedignemur terre/133r/stria, caelestia contemnamus, et quicquid mundi est denique posthabentes, ultramundanam curiam eminentissimae divinitati proximam advolemus.

52. Ibi, ut sacra tradunt mysteria, Seraphin, Cherubin et Throni primas possident; horum nos iam cedere nescii et secundarum impatientes et dignitatem et gloriam emulemur.

53. Erimus illis, cum voluerimus, nihilo inferiores.

§ 11.

54. Sed qua ratione, aut quid tandem agentes?
55. Videamus quid illi agant, quam vivant vitam.
56. Eam si et nos vixerimus (possumus enim) illorum sortem iam equaverimus.
57. Ardet Saraph charitatis igne; fulget Cherub intelligentiae splendore; stat Thronus iudicii firmitate.
58. Igitur si actuosae ad[d]icti vitae inferiorum curam recto examine susceperimus, Thronorum stata soliditate firmabimur.
59. Si ab actionibus feriati, in opificio opificem, in opifice opificium meditantes, in contemplandi ocio negociabimur, luce Cherubica undique corruscabitur.
60. Si charitate ipsum opificem solum ardebimus, illius igne, qui edax est, in Saraphicam effigiem repente flammabimur.
61. Super Throno, idest iusto iudice, sedet Deus iudex seculorum.
62. Super Cherub, idest contemplatore, volat atque eum quasi incubando fovet.
63. Spiritus enim Domini fertur super aquas, has, inquam quae super caelos sunt, quae apud Iob Dominum laudant antelucanis hymnis.
64. Qui Saraph, idest amator est, in Deo est, et Deus in eo, immo et Deus et ipse unum sunt.
65. Magna Thronorum potestas, quam iudicando; summa Saraphinorum sublimitas, quam amando assequimur.
- § 12.
66. Sed quonam pacto vel iudicare quisquam vel amare potest incognita?
67. Amavit Moses Deum quem vidit, et administravit iudex in populo quae vidit prius contemplator in monte.
68. Ergo medius Cherub sua luce et Saraphico igni nos praeparat et ad Thronorum iudicium pariter illuminat.
69. Hic est nodus primarum mentium, ordo Palladicus, philosophiae contemplativae preses; hic nobis et emulandus primo et ambiendus, atque adeo comprehendendus est, unde et ad amoris rapiamur fastigia et ad munera actionum bene instructi paratique descendamus.
70. At vero operae precium, si ad exemplar vitae Cherubicae vita nostra formanda est, quae illa et qualis sit, quae actiones, quae illorum opera, pre oculis et in numerato habere.

71. Quod cum nobis per nos, qui caro sumus et quae humi sunt sapimus, consequi non liceat, adeamus antiquos patres, qui de his rebus utpote sibi domesticis et cognatis locupletissimam nobis et certam fidem facere possunt.

72. Consulamus Paulum apostolum vas electionis, quid ipse cum ad tertium sublimatus est caelum, agentes Cherubinorum exercitus viderit.

73. Respondebit utique Dyonisio interprete: purgari illos, tum illuminari, postremo perfici.

§ 13.

74. Ergo et nos Cherubicam in terris vitam emulantes, per moralem scientiam affectuum impetus cohercentes, per dialecticam rationis caliginem discutientes, quasi ignorantiae et vitiorum eluentes sordes animam purgemus, ne aut affectus temere debac[c]hentur aut ratio imprudens quandoque deliret.

75. Tum bene compositam ac expiatam animam naturalis philosophiae lumine perfundamus, ut postremo divinarum rerum eam cognitione perficiamus.

§ 14.

76. Et ne nobis nostri sufficiant consulamus Iacob patriarcham cuius imago in sede gloriae sculpta corruscat.

77. Admonebit nos pater sapientissimus in inferno dormiens, mundo in superno vigilans.

78. Sed admonebit per figuram (ita eis omnia contingebant) esse scalas ab imo solo ad caeli summa protensas multorum graduum serie distinctas; fastigio Dominum insidere, contemplatores angelos per eas vicibus alternantes ascendere et descendere.

§ 15.

79. Quod si hoc idem nobis angelicam /133v/ affectantibus vitam factitandum est, queso, quis Domini scalas vel sordidato pede, vel male mundis manibus attinget?

80. Impuro, ut habent mysteria, purum attingere nefas.

81. Sed qui hi pedes?

82. Quae manus?

83. Profecto pes animae illa est portio despiciatissima, qua ipsa materiae tanquam terrae solo innititur, altrix inquam potestas et cibaria, fomes libidinis et voluptariae mollitudinis magistra.

84. Manus animae cur irascentiam non dixerimus, quae appetentiae propugnatrix pro ea decertat et sub pulvere ac sole p[r]edatrix rapit, quae illa sub umbra dormitans helluetur?

85. Has manus, hos pedes, idest totam sensualem partem in qua sedet corporis illecebra quae animam obtorto (ut aiunt) detinet collo, ne a scalis tamquam prophani pollutique reiciamur, morali philosophia quasi vivo flumine abluamus.

86. At nec satis hoc erit, si per Iacob scalam discursantibus angelis comites esse volumus, nisi et a gradu in gradum rite promoveri, et a scalarum tramite deorbitare nusquam, et reciprocis obire excursus bene apti prius instructique fuerimus.

87. Quod cum per artem sermocinalem sive rationariam erimus consequuti, iam Cherubico spiritu animati, per scalarum, idest naturae gradus philosophantes, a centro ad centrum omnia pervadentes, nunc unum quasi Osyrim in multitudinem vi titanica dis[c]erpentes descendemus, nunc multitudinem quasi Osyridis membra in unum vi Phebea colligentes ascendemus, donec in sinu Patris qui super scalas est tandem quiescentes, theologica foelicitate consumabimur.

§ 16.

88. Percontemur et iustum Iob, qui fedus iniit cum Deo vitae prius quam ipse ederetur in vitam quid summus Deus in decem illis centenis millibus qui assistunt ei, potissimum desideret: pacem utique respondebit, iuxta id quod apud eum legitur: «Qui facit pacem in excelsis».

89. Et quoniam supremi ordinis monita medius ordo inferioribus interpretatur, interpretetur nobis Iob theologi verba Empedocles philosophus.

90. Hic duplicem naturam in nostris animis sitam, quarum altera sursum tollimur ad celestia, altera deorsum trudimur ad inferna, per litem et amicitiam, sive bellum et pacem, ut sua testantur carmina, nobis significat.

91. In quibus se lite et discordia actum, furenti similem profugum a diis, in altum iactari conqueritur.

§ 17.

92. Multiplex profecto, Patres, in nobis discordia; gravia et intestina domi habemus et plusquam civilia bella.

93. Quae si noluerimus, si illam affectaverimus pacem, quae in sublime ita nos tollat ut inter excelsos Domini statuamur, sola in nobis compescet prorsus et sedabit philosophia: moralis primum, si noster homo ab hostibus indutias tantum quesierit, multiplicis bruti effrenes excursiones et leonis iurgia, iras animosque contundet.

94. Tum si rectius consulentes nobis perpetuae pacis securitatem desideraverimus, aderit illa et vota nostra liberaliter implebit, quippe quae cesa utraque bestia, quasi icta porca, inviolabile inter carnem et spiritum foedus sanctissimae pacis sanciet.

95. Sedabit dyalectica rationis turbas inter orationum pugnantias et sillogismo captiones anxie tumultuantis.

96. Sedabit naturalis philosophia opinionis lites et dis[s]idia, quae inquietam hinc inde animam vexant, distrahunt et lacerant.

97. Sed ita sedabit, ut meminisse nos iubeat esse naturam iuxta Heraclitum ex bello genitam, ob id ab Homero contentionem vocitatum.

98. Idcirco in ea veram quietem et solidam pacem se nobis prestare non posse, esse hoc dominae suae, idest sanctissimae th[e]ologiae, munus et privilegium.

99. Ad illam ipsa et viam monstrabit et comes ducet, quae procul nos videns properantes: «Venite, inclamabit, ad me qui laborastis; venite et ego reficiam vos; venite ad /134r/ me et dabo vobis pacem quam mundus et natura vobis dare non possunt».

§ 18.

100. Tam blande vocati, tam benigniter invitati, alatis pedibus quasi terrestres Mercurii, in beatissimae amplexus matris evolantes, optata pace perfruemur: pace sanctissima, individua copula, unianimi amicitia, qua omnes animi in una mente, quae est super omnem mentem, non concordent adeo, sed ineffabili quodammodo unum penitus evadant.

101. Haec est illa amicitia quam totius philosophiae finem esse Pythagorici dicunt, haec illa pax quam facit Deus in excelsis suis, quam angeli in terram descendentes annuntiarunt hominibus bonae voluntatis, ut per eam ipsi homines ascendentes in caelum angeli fierent.

102. Hanc pacem amicis, hanc nostro optemus seculo, optemus unicuique domui quam ingredimur, optemus animae nostrae, ut per eam ipsa Dei domus fiat; ut, postquam per moralem et dialecticam suas sordes excusserit, multiplici philosophia quasi aulico apparatu se exornarit, portarum fastigia theologicis sertis coronarit, descendat Rex gloriae et cum Patre veniens mansionem faciat apud eam.

103. Quo tanto hospite si se dignam praestiterit, qua est illius immensa clementia, deaurato vestitu quasi toga nuptiali multiplici scientiarum circumdata varietate, speciosum hospitem, non ut hospitem iam, sed ut sponsum excipiet, a quo ne unquam dissolvatur dissolvi cupiet a populo suo et domum patris sui, immo se ipsam oblita, in se ipsa cupiet mori ut vivat in sponso, in cuius conspectu preciosa profecto mors sanctorum eius, mors, inquam, illa, si dici mors debet plenitudo vitae cuius meditationem esse studium philosophiae dixerunt sapientes.

§ 19.

104. Citemus et Mosem ipsum a sacrosanctae et ineffabilis intelligentiae fontana plenitudine, unde angeli suo nectare inebriantur, paulo deminutum.

105. Audiemus venerandum iudicem nobis in deserta huius corporis solitudine habitantibus leges sic edicentem: «Qui polluti adhuc morali indigent, cum plebe habitent extra tabernaculum sub divo, quasi Thessali sacerdotes interim se expiantes.

106. Qui mores iam composuerunt, in sanctuarium recepti, nondum quidem sacra attractent, sed prius dyaletico famulatu seduli levitae philosophiae sacris ministrent.

107. Tum ad ea et ipsi admissi, nunc superioris Dei regiae multicolorem, idest sydereum aulicum ornatum, nunc caeleste candelabrum septem luminibus distinctum, nunc pellicea elementa, in philosophiae sacerdotio contemplantur, ut postremo per theologicae sublimitatis merita in templi adita recepti, nullo imaginis intercedente velo, divinitatis gloria perfruantur».

108. Haec nobis profecto Moses et imperat et imperando admonet, excitat, inhortatur, ut per philosophiam ad futuram caelestem gloriam, dum possumus iter paremus nobis.

§ 20.

109. Verum enimvero, nec Mosayca tantum aut Christiana mysteria, sed priscorum quoque theologia harum, de quibus disputaturus accessi, liberalium artium et emolumenta nobis et dignitatem ostendit.

110. Quid enim aliud sibi volunt in Graecorum archanis observati initiatorum gradus, quibus primo per illas quas diximus quasi februales artes, moralem et dialecticam, purificatis, contingebat mysteriorum susceptio?

111. Quae quid aliud esse potest quam secretioris per philosophiam naturae interpretatio?

112. Tum demum ita dispositis illa adveniebat, idest rerum divinarum per theologiae lumen inspectio.

113. Quis talibus sacris initiari non appetat?

114. Quis humana /134v/ omnia posthabens, fortunae contemnens bona, corporis negligens, deorum conviva adhuc degens in terris fieri non cupiat, et aeternitatis nectare madidus mortale animal immortalitatis munere donari?

115. Quis non Socraticis illis furoribus, a Platone in Fedro decantatis, sic afflari non velit ut alarum pedumque remigio hinc, idest ex mundo, qui est positus in maligno, propere aufugiens, ad caelestem Hierusalem concitatissimo cursu feratur?

116. Agemur, Patres, agemur Socraticis furoribus, qui extra mentem ita nos ponant, ut mentem nostram et nos ponant in Deo.

117. Agemur ab illis utique, si quid est in nobis ipsi prius egerimus; nam si et per moralem affectuum vires ita per debitas competencias ad modulos fuerint intentae, ut immota invicem consonent concinentia, et per dyalecticam ratio ad numerum se progrediendo moverit, Musarum perciti furore celestem armoniam intimis auribus combibemus.

118. Tum Musarum dux Bacchus in suis mysteriis, idest visibilibus naturae signis invisibilia Dei philosophantibus nobis ostendens, inebriabit nos ab ubertate domus Dei,

in qua tota si uti Moses erimus fideles, accedens sacratissima theologia duplici furore nos animabit.

119. Nam in illius eminentissimam sublimati speculam, inde et quae sunt, quae erunt quaeque fuerint insectili metientes evo, et primevam pulchritudinem suspicientes, illorum Phebei vates, huius alati erimus amatores et ineffabili demum charitate, quasi aestro perciti, quasi Saraphini ardentes extra nos positi, numine pleni, iam non ipsi nos, sed ille erimus ipse qui fecit nos.

§ 21.

120. Sacra Apollinis nomina, si quis eorum significantias et latitantia perscrutetur misteria, satis ostendunt esse Deum illum non minus philosophum quam vatem.

121. Quod cum Ammonius satis sit exequutus, non est cur ego nunc aliter pertractem; sed subeant animum, Patres, tria Delphica precepta oppido his necessaria, qui non ficti sed veri Apollinis, qui illuminat omnem animam venientem in hunc mundum, sacrosanctum et augustissimum templum ingressuri sunt; videbitis nihil aliud illa nos admonere, quam ut tripartitam hanc, de qua est presens disputatio, philosophiam totis viribus amplectamur.

122. Illud enim, idest nequid nimis, virtutum omnium normam et regulam per mediocritatis rationem, de qua moralis agit, recte praescribit.

123. Tum illud, idest cognosce te ipsum, ad totius naturae nos cognitionem, cuius et interstitium et quasi cynnus natura est hominis, excitat et inhortatur.

124. Qui enim se cognoscit, in se omnia cognoscit, ut Zoroaster prius, deinde Plato in Alcibiade scripserunt.

125. Postremo hac cognitione per naturalem philosophiam illuminati iam Deo proximi, idest es dicentes, theologica salutatione verum Apollinem familiariter proindeque foeliciter appellabimus.

§ 22.

126. Consulamus et Pythagoram sapientissimum, ob id praecipue sapientem, quod sapientis se dignum nomine nunquam existimavit.

127. Precipiet primo ne super modium sedeamus, idest rationalem partem, qua anima omnia metitur, iudicat et examinat, ociosa desidia ne remittentes amittamus, sed dyaletica exercitatione ac regula et dirigamus assidue et excitemus.

128. Tum cavenda in primis duo nobis significabit ne, aut adversus solem emingamus, aut inter sacrificandum ungues reseceamus.

129. Sed postquam per moralem et superfluentium voluptatum fluxas eminxerimus appetentias, et unguium presegmina, quasi acutas irae prominentias et animorum aculeos reseceuerimus, tum demum sacris, idest de quibus mentionem fecimus Bacchi

mysteriis, interesse, et cuius pater ac dux merito sol dicitur nostrae contempla/135r/tioni vacare incipiamus.

130. Postremo ut gallum nutriamus nos admonebit, idest ut divinam animae nostrae partem divinarum rerum cognitione quasi solido cibo et caelesti ambrosia pascamus.

131. Hic est gallus cuius aspectum leo, idest omnis terrena potestas formidat et reveretur.

132. Hic ille gallus, cui datam esse intelligentiam apud Iob legimus.

133. Hoc gallo canente aberrans homo respiscit.

134. Hic gallus in matutino crepusculo, matutinis astris Deum laudantibus, quotidie commodulatur.

135. Hunc gallum moriens Socrates, cum divinitatem animi sui divinitati maioris mundi copulaturum se speraret, Sculapio, idest animarum medico, iam extra omne morbi discrimen positus, debere se dixit.

§ 23.

136. Recenseamus et Chaldeorum monumenta, videbimus (si illis creditur) per easdem artes patere viam mortalibus ad felicitatem.

137. Scribunt interpretes Chaldei verbum fuisse Zoroastris alatum esse animam, cumque alae exciderent ferri illam praeceps in corpus, tum illis subcrescentibus ad superos revolare.

138. Percunctantibus eum discipulis quo pacto alis bene plumantibus volucres animos sortirentur: «Irrigetis, dixit, alas aquis vitae».

139. Iterum sciscitantibus unde has aquas peterent, sic per parabolam (qui erat hominis mos) illis respondit: «Quatuor amnis paradisi Dei abluuntur et irrigantur».

140. Indidem vobis salubres aquas hauriatis.

141. Nomen ei qui ab aquilone [Pischo], quod rectum denotat, ei qui ab occasu [Gichon], quod expiationem significat, ei qui ab ortu [Chiddekel], quod lumen sonat, ei qui a meridie [Perath], quod nos pietatem interpretari possumus».

142. Advertite animum et diligenter considerate, Patres, quid haec sibi velint Zoroastris dogmata: profecto nihil aliud nisi ut morali scientia, quasi undis Hibericis, oculorum sordes expiemus; dialectica, quasi boreali amussi, illorum aciem lineemus ad rectum.

143. Tum in naturali contemplatione debile adhuc veritatis lumen, quasi nascentis solis incunabula, pati assuescamus, ut tandem per theologiam pietatem et sacratissimum Dei cultum, quasi caelestes aquilae, meridianis solis fulgidissimum iubar fortiter perferamus.

144. Hae illae forsitan et a Davide decantatae primum, et ab Augustino explicatae latius, matutinae, meridianae et vespertinae cognitiones.

145. Haec est illa lux meridialis, quae Saraphinos ad lineam inflamat et Cherubinos pariter illuminat.

146. Haec illa regio, quam versus semper antiquus pater Abraam proficiscebatur.

147. Hic ille locus, ubi immundis spiritibus locum non esse et Cabalistarum et Maurorum dogmata tradiderunt.

148. Et si secretiorum aliquid misteriorum fas est vel sub enigmate in publicum proferre, postquam et repens e caelo casus nostri hominis caput vertigine damnavit et iuxta Hieremiam, ingressa per fenestras mors iecur pectusque male affecit, Raphaellem coelestem medicum advocemus, qui nos morali et dialetica uti pharmacis salutaribus liberet.

149. Tum ad valitudinem bonam restitutos, iam Dei robur Gabriel inhabitabit, qui nos per naturae ducens miracula, ubique Dei virtutem potestatemque indicans, tandem sacerdoti summo Michaeli nos tradet qui, sub stipendiis philosophiae emeritos, theologiae sacerdotio quasi corona preciosi lapidis insignet.

§ 24.

150. Haec sunt, Patres colendissimi, quae me ad philosophiae studium non animarunt modo sed compulerunt.

151. Quae dicturus certe non eram, nisi his responderem qui philosophiae studium in principibus praesertim viris, aut his omnino qui mediocri fortuna vivunt, damnare solent.

152. Est enim iam hoc totum philosophari (quae est nostrae etatis infoelicitas) in contemptum potius et contumeliam, quam in honorem et gloriam.

153. Ita invasit fere omnium mentes exitialis haec et monstrosa persuasio, aut nihil aut paucis philosophandum.

154. Quasi rerum causas, naturae vias, universi rationem, /135v/Dei consilia, caelorum, terraeque mysteria, praec oculis, praec manibus exploratissima habere nihil sit prorsus, nisi vel gratiam inde aucupari aliquam, vel lucrum sibi quis comparare possit.

155. Quin eo deventum est ut iam (proh dolor!) non existimentur sapientes nisi qui mercennarium faciunt studium sapientiae, ut sit videre pudicam Palladem, deorum munere inter homines diversantem, eiici, explodi, exhibitari, non habere qui amet, qui faveat, nisi ipsa, quasi prostans et praefloratae virginitatis accepta mercedula, male paratum aes in amatoris arculam referat.

§ 25.

156. Quae omnia ego non sine summo dolore et indignatione in huius temporis, non principes, sed philosophos dico, qui ideo non esse philosophandum et credunt et

praedicant, quod philosophis nulla merces, nulla sint praemia constituta, quasi non ostendant ipsi, hoc uno nomine, se non esse philosophos.

157. Quod cum tota eorum vita sit vel in questu, vel in ambitione posita, ipsam per se veritatis cognitionem non amplectuntur.

158. Dabo hoc mihi, et me ipsum hac ex parte laudare nihil erubescam, me numquam alia de causa philosophatum nisi ut philosopharer, nec ex studiis meis, ex meis lucubrationibus, mercedem ullam aut fructum vel sperasse alium vel quesivisse, quam animi cultum et a me semper plurimum desideratae veritatis cognitionem.

159. Cuius ita cupidus semper et amantissimus fui ut, relicta omni privatarum et publicarum rerum cura, contemplandi ocio totum me tradiderim; a quo nullae invidiorum obtrectationes, nulla hostium sapientiae maledicta, vel potuerunt ante hac, vel in posterum me deterrere poterunt.

160. Docuit me ipsa philosophia a propria potius conscientia quam ab externis pendere iuditiis, cogitareque semper, non tam ne male audiam, quam ne quid male vel dicam ipse vel agam.

§ 26.

161. Equidem non eram nescius, Patres colendissimi, futuram hanc ipsam meam disputationem quam vobis omnibus qui bonis artibus favetis et augustissima vestra praesentia illam honestare voluistis, gratam atque iocundam, tam multis aliis gravem atque molestam; et scio non deesse qui inceptum meum et damnarint ante hac et in praesentia multis nominibus damnent.

162. Ita consueverunt non pauciores, ne dicam plures, habere oblatratores quae bene sancteque aguntur ad virtutem, quam quae inique et perperam ad vitium.

163. Sunt autem qui totum hoc disputandi genus et hanc de litteris publice disceptandi institutionem non approbent, ad pompam potius ingenii et doctrinae, ostentationem quam ad comparandam eruditionem esse illam asseverantes.

164. Sunt qui hoc quidem exercitationis genus non improbent, sed in me nullo modo probent, quod ego hac aetate, quartum scilicet et vigesimum modo natus annum, de sublimibus Christianae theologiae mysteriis, de altissimis philosophiae locis, de incognitis disciplinis, in celebratissima urbe, in amplissimo doctissimorum hominum consessu, in apostolico senatu, disputationem proponere sim ausus.

165. Alii, hoc mihi dantes quod disputem, id dare nolunt quod de nongentis disputem questionibus, tam superfluo et ambitiose quam supra vires id factum calumniantes.

166. Horum ego obiectamentis et manus illico dedissem, si ita quam profiteor philosophia me edocuisset et nunc, illa ita me docente, non responderem, si rixandi iurgandique proposito constitutam hanc inter nos disceptationem crederem.

167. Quare, obtrectandi omne lacessendique propositum, et quem scribit Plato a divino semper abesse choro, a nostris quoque mentibus facessat livor, et an disputandum a me, an de tot etiam questionibus, amice incognoscamus.

§ 27.

168. Primum quidem ad eos, qui hunc publice disputandi morem calumniantur, multa non sum dicturus, quando haec culpa, si culpa censetur, non solum vobis omnibus, doctores exce[l]lentissimi, qui sepius hoc munere, non sine summa et laude et gloria, functi/136r/ estis, sed Platoni, sed Aristoteli, sed probatissimis omnium etatum philosophis mecum est communis.

169. Quibus erat certissimum nihil ad consequendam quam querebant veritatis cognitionem sibi esse, potius quam ut essent in disputandi exercitatione frequentissimi.

170. Sicut enim per gymnasticam corporis vires firmiores fiunt, ita dubio procul, in hac quasi litteraria palestra, animi vires et fortiores longe et vegetiores evadunt.

171. Nec crediderim ego aut poetas aliud per decantata Palladis arma, aut Hebreos, cum [], ferrum, sapientum symbolum esse dicunt, significasse nobis quam honestissima hoc genus certamina, adipiscendae sapientiae oppido quam necessaria.

172. Quo forte fit ut et Caldei in eius genesi qui philosophus sit futurus, illud desiderent, ut Mars et Mercurium triquetra aspectu conspiciat, quasi, si hos congressus, haec bella substuleris, somniculosa et dormitans futura sit omnis philosophia.

§ 28.

173. At vero cum his qui me huic provinciae imparem dicunt, difficilior est mihi ratio defensionis: nam si parem me dixerero, forsitan inmodesti et de se nimia sentientis, si imparem fatebor, temerarii et inconsulti notam videor subiturus.

174. Videte quas incidi angustias, quo loco sim constitutus, dum non possum sine culpa de me promittere quod non possum mox sine culpa non praestare.

175. Forte et illud Iob afferre possem spiritum esse, spiritum esse in omnibus, et cum Timotheo audire: «Nemo contemnat adolescentiam tuam».

176. Sed ex mea verius hoc conscientia dixerero, nihil esse in nobis magnum vel singulare; studiosum me forte et cupidum bonarum artium non inficiatus, docti tamen nomen mihi nec sumo nec arrogo.

177. Quare et quod tam grande humeris onus imposuerim, non fuit propterea quod mihi conscius nostrae infirmitatis non essem, sed quod sciebam hoc genus pugnis, idest litterariis, esse peculiare quod in eis lucrum est vinci.

178. Quo fit ut imbecillissimus quisque non detrectare modo, sed appetere ultro eas iure possit et debeat.

179. Quandoquidem qui succumbit beneficium a victore accipit, non iniuriam, quippe qui per eum et locupletior domum, idest doctior et ad futuras pugnas redit instructor.

180. Hac spe animatus, ego infirmus miles cum fortissimis omnium strenuissimisque tam gravem pugnam decernere nihil sum veritus.

181. Quod tamen temere sit factum nec ne, rectius utique de eventu pugnae quam de nostra aetate potest quis iudicare.

§ 29.

182. Restat ut tertio loco his respondeam, qui numerosa propositarum rerum multitudine offenduntur, quasi hoc eorum humeris sederet onus, et non potius hic mihi soli quantuscumque est labor, esset exanclandus.

183. Indecens profecto hoc et morosum nimis, velle alienae industriae modum ponere, et, ut inquit Cicero in ea re quae eo melior quo maior, mediocritatem desiderare.

184. Omnino tam grandibus ausis erat necesse me vel succumbere vel satisfacere; si satisfacerem, non video cur quod in decem praestare questionibus est laudabile, in nongentis etiam praestitisse culpabile existimetur.

185. Si succumberem, habebunt ipsi, si me oderunt, unde accusarent, si amant unde excusent.

186. Quoniam in re tam gravi, tam magna, tenui ingenio, exiguaque doctrina, adolescentem hominem defecisse, venia potius dignum erit quam accusatione.

187. Quin et iuxta poetam: «Si deficiunt vires, audacia certe laus erit: in magnis et voluisse sat est».

188. Quod si nostra aetate multi, Gorgiam Leontinum imitati, non modo de nongentis sed de omnibus etiam omnium artium questionibus soliti sunt, non sine laude, proponere disputationem, cur mihi non liceat, vel sine culpa, de multis quidem, sed tamen certis et determinatis disputare?

§ 30

189. At superfluum inquiunt hoc et ambitiosum.

190. Ego vero non superfluo modo, sed necessario factum hoc a me contendo, quod et si ipsi mecum philo/136v/sophandi rationem considerarent, inviti etiam fateantur plane necesse est.

191. Qui enim se cuiquam ex philosophorum familiis addixerunt, Thomae videlicet aut Scoto, qui nunc plurimum in manibus, faventes, possunt illi quidem vel in paucarum questionum discussione suae doctrinae periculum facere.

192. At ego ita me institui, ut in nullius verba iuratus, me per omnes philosophiae magistros funderem, omnes scedas excuterem, omnes familias agnoscerem.

193. Quare, cum mihi de illis omnibus esset dicendum, ne, si privati dogmatis defensor reliqua posthabuissem, illi viderer obstrictus, non potuerunt, etiam si pauca de singulis proponerentur, non esse plurima quae simul de omnibus afferebantur.

194. Nec id in me quisquam damnet, quod me quocumque ferat tempestas deferar hospes.

195. Fuit enim cum ab antiquis omnibus hoc observatum, ut omne scriptorum genus evolventes, nullas quas possent commentationes illectas preterirent, tum maxime ab Aristotele, qui eam ob causam, idest lector, a Platone nuncupabatur, et profecto angustae est mentis intra unam se Porticum aut Achademiam continuisse.

196. Nec potest ex omnibus sibi recte propriam selegisse, qui omnes prius familiariter non agnoverit.

197. Adde quod in una quaque familia est aliquid insigne, quod non sit ei commune cum caeteris.

§ 31.

198. Atque ut a nostris, ad quos postremo philosophia pervenit, nunc exordiar, est in Ioanne Scoto vegetum quiddam atque discussum, in Thoma solidum et equabile, in Egidio tersum et exactum, in Francisco acre et acutum, in Alberto priscum, amplum et grande, in Henrico, ut mihi visum est, semper sublime et venerandum.

199. Est apud Arabes, in Averroee firmum et inconcusum, in Avempace, in Alfarabio grave et meditatam, in Avicenna divinum atque Platonicum.

200. Est apud Graecos in universum quidem nitida, in primis et casta philosophia; apud Simplicium locuplex et copiosa, apud Themistium elegans et compendiarum, apud Alexandrum constans et docta, apud Theophrastum gravitate elaborata, apud Ammonium enodis et gratiosa.

201. Et si ad Platonicos te converteris, ut paucos percenseam, in Porphyrio rerum copia et multiiuga religione delectaberis, in Iamblico secretiorem philosophiam et barbarorum mysteria veneraberis, in Plotino primum quicquam non est quod admireris, qui se undique prebet admirandum, quem de divinis divine, de humanis longe supra hominem docta sermonis obliquitate loquentem, sudantes Platonicum vix intelligunt.

202. Pretereo magis novitios, Proculum Asiatica fertilitate luxuriantem et qui ab eo fluxerunt Hermiam, Damascum, Olympiodorum et complures alios, in quibus omnibus illud, idest divinum peculiare Platonicorum symbolum elucet semper.

§ 32.

203. Accedit quod, si qua est secta quae veriora incessat dogmata et bonas causas ingenii calumnia ludificetur, ea veritatem firmat, non infirmat, et, velut motu quassatam flammam, excitat, non extinguit.

204. Hac ego ratione motus, non unius modo (ut quibusdam placebat), sed omnigenae doctrinae placita in medium afferre volui, ut hac complurium sectarum collatione ac multifariae discussione philosophiae, ille veritatis fulgor, cuius Plato meminit in Epistolis, animis nostris quasi sol oriens ex alto clarius illucesceret.

205. Quid erat, si Latinorum tantum, Alberti scilicet, Thomae, Scoti, Egidii, Francisci, Henricique philosophia, obmissis/137r/ Graecorum Arabumque philosophis, tractabatur?

206. Quando omnis sapientia a Barbaris ad Graecos, a Graecis ad nos manavit.

207. Ita nostrates semper in philosophandi ratione peregrinis inventis stare, et aliena excoluisse sibi duxerunt satis.

208. Quid erat cum Peripateticis egisse de naturalibus nisi et Platonicorum accersebatur Achademia, quorum doctrina et de divinis semper inter omnes philosophias, teste Augustino, habita est sancitissima et a me nunc primum, quod sciam, (verbo absit invidia) post multa secula sub disputandi examen est in publicum allata.

209. Quid erat et aliorum quot quot erant tractasse opiniones, si quasi ad sapientum symposium asymboli accedentes, nihil nos quod esset nostrum, nostro partum et elaboratum ingenio, afferebamus?

210. Profecto ingenerosum est (ut ait Seneca) sapere solum ex commentario et quasi maiorum inventa nostrae industriae viam praecuserint, quasi in nobis effaeta sit vis naturae, nihil ex se parere, quod veritatem, si non demonstrat, saltem innuat vel de longinquo.

211. Quod si in agro colonus, in uxore maritus odit sterilitatem, certe tanto magis infecundam animam oderit illi complicita et associata divina mens, quanto inde nobilior longe proles desideratur.

§ 33.

212. Propterea non contentus ego, praeter comunes doctrinas multa de Mercurii Trismegisti prisca theologia, multa de Caldeorum, de Pythagorae disciplinis, multa de secretioribus Hebreorum addidisse mysteriis, plurima quoque per nos inventa et meditata, de naturalibus et divinis rebus disputanda proposuimus.

§ 34.

213. Proposuimus primo Platonis Aristotelisque concordiam a multis ante hac creditam, a nemine satis probatam. Boetius, apud Latinos id se facturum pollicitus, non invenitur fecisse unquam quod semper facere voluit.

214. Simplicius, apud Graecos idem professus, utinam id tam praestaret quam pollicetur.

215. Scribit et Augustinus in Academicis non defuisse plures qui subtilissimis suis disputationibus idem probare conati sint, Platonis scilicet et Aristotelis eandem esse philosophiam.

216. Ioannes item Grammaticus cum dicat apud eos tantum dissidere Platonem ab Aristotele, qui Platonis dicta non intelligunt probandum tamen posteris hoc reliquit.

217. Addidimus autem et plures locos in quibus Scoti et Thomae, plures in quibus Averrois et Avicennae sententias, quae discordes existimantur, concordantes esse nos asseveramus.

§ 35.

218. Secundo loco quae in philosophia cum Aristotelica tum Platonica excogitavimus nos, tum duo et septuaginta nova dogmata physica et metaphisica collocavimus, quae si quis teneat, poterit, nisi fallor, quod mihi erit mox manifestum, quamcumque de rebus naturalibus divinisque propositam questionem longe alia dissolvere ratione quam per eam edoceamur quae et legitur in scholis et ab huius evi doctoribus colitur philosophiam.

219. Nec tam admirari quis debet, Patres, me in primis annis, in tenera etate, per quam vix licuit (ut iactant quidam) aliorum legere commentationes, novam afferre velle philosophiam, quam vel laudare illam, si defenditur, vel damnare, si reprobatur et denique, cum nostra inventa haec nostrasque sint litteras iudicaturi, non auctoris annos, sed illorum merita potius vel demerita numerare.

§ 36.

220. Est autem, et praeter illam, alia, quam nos attulimus, nova per numeros philosophandi institutio antiqua, illa quidem et a priscis theologis, a Pythagora presertim, ab Aglaopheno, a Philolao, a Platone prioribusque Platonice observata.

221. Sed quae hac tempestate, ut preclara alia, posteriorum incuria sic exolevit, ut vix vestigia ipsius ulla reperiantur.

222. Scribit Plato in Epinomide, inter omnes liberales artes et scientias contemplatrices praecipuam maximeque divinam/137v/esse scientiam numerandi.

223. Querens item, cur homo animal sapientissimum? Respondet: «Quia numerare novit».

224. Cuius sententiae et Aristoteles meminit in Problematis.

225. Scribit Abumasar verbum fuisse Avenzoar Babilonii, eum omnia nosse qui noverat numerare.

226. Quae vera esse nullo modo possunt, si per numerandi artem eam artem intellexerunt cuius nunc mercatores in primis sunt peritissimi, quod et Plato testatur, exerta nos admonens voce ne divinam hanc arithmetice mercatoriam esse arithmetice intelligamus.

227. Illam ergo arithmetica, quae ita extollitur, cum mihi videar post multas lucubrationes exploratam habere, huiusce rei periculum facturus, ad quatuor et LXX questiones, quae inter physicas et divinas principales existimantur, responsurum per numeros publice me sum pollicitus.

§ 37.

228. Proposuimus et magica theoremata, in quibus duplicem esse magiam significavimus, quarum altera demonum tota opere et auctoritate constat, res mediis fidiis execranda et portentosa.

229. Altera nihil est aliud, cum bene exploratur, quam naturalis philosophiae absoluta consumatio.

230. Utriusque cum meminerint Graeci, illam magiae nullo modo nomine dignantes nuncupant, hanc propria peculiarique appellatione, quasi perfectam summamque sapientiam vocant.

231. Idem enim, ut ait Porphyrius, Persarum lingua magus sonat quod apud nos divinorum interpres et cultor.

232. Magna autem, immo maxima, Patres, inter has artes disparilitas et dissimilitudo.

233. Illam non modo Christiana religio, sed omnes leges, omnis bene instituta respublica damnat et execratur.

234. Hanc omnes sapientes, omnes caelestium et divinarum rerum studiosae nationes, approbant et amplectuntur.

235. Illa artium fraudulentissima, haec altior sanctiorque philosophia, illa irrita et vana, haec firma fidelis et solida.

236. Illam quisquis coluit semper dissimulavit, quod in auctoris esset ignominiam et contumeliam, ex hac summa litterarum claritas gloriaque antiquitus et pene semper petita.

237. Illius nemo unquam studiosus fuit vir philosophus et cupidus discendi bonas artes; ad hanc Pythagoras, Empedocles, Democritus, Plato, descendam navigavere, hanc predicarunt reversi, et in archanis precipuam habuerunt.

238. Illa, ut nullis rationibus, ita nec certis probatur auctoribus; haec, clarissimis quasi parentibus honestata, duos precipue habet auctores: Xamolside, quem imitatus est Abbaris Hyperboreus, et Zoroastrem, non quem forte creditis, sed illum Oromasi filium.

239. Utriusque magia quid sit, Platonem si percontemur, respondebit in Alcibiade: Zoroastri magiam non esse aliud quam divinorum scientiam, qua filios Persarum reges erudiebant, ut ad exemplar mundanae reipublicae suam ipsi regere rempublicam edocerentur.

240. Respondebit in Carmide, magiam Xalmosidis esse animi medicinam, per quam scilicet animo temperantia, ut per illam corpori sanitas comparatur.

§ 38.

241. Horum vestigiis postea perstiterunt Carondas, Damigeron, Apollonius, Hostanes et Dardanus.

242. Perstitit Homerus, quem ut omnes alias sapientias, ita hanc quoque sub sui Ulixis erroribus dissimulasse in poetica nostra theologia aliquando probabimus.

243. Perstiterunt Eudoxus et Hermippus.

244. Perstiterunt fere omnes qui Pythagorica Platonicaque mysteria sunt perscrutati.

245. Ex iunioribus autem, qui eam olfecerint tres reperio, Alchindum Arabem, Rogerium Baconem et Guilielmum Parisiensem.

246. Meminit et Plotinus, ubi naturae ministrum esse et non artificiem magum demonstrat: hanc magiam probat /138r/ asseveratque vir sapientissimus, alteram ita abhorrens ut, cum ad malorum demonum sacra vocaretur, rectius esse, dixerit, ad se illos quam se ad illos accedere, et merito quidem.

247. Ut enim illa obnoxium mancipatumque improbis potestantibus hominem reddit, ita haec illarum principem et dominum.

248. Illa denique nec artis nec scientiae sibi potest nomen vendicare; haec altissimis plena misteriis, profundissimam rerum secretissimarum contemplationem, et demum totius naturae cognitionem complectitur.

249. Haec, inter sparsas Dei beneficio et inter seminatatas mundo virtutes, quasi de latebris evocans in lucem, non tam facit miranda quam facienti naturae sedula famulatur.

250. Haec universi consensum, quem significantius Graeci dicunt, introrsum perscrutatus rimata et mutuam naturarum cognitionem habens perspectatam, nativas adhibens unicuique rei et suas illecebras, quae magorum nominantur, in mundi recessibus, in naturae gremio, in promptuariis arcanisque Dei latitantia miracula, quasi ipsa sit artifex, promit in publicum, et sicut agricola ulmos vitibus, ita magus terram caelo, idest inferiora superiorum dotibus virtutibusque maritat.

251. Quo fit ut quam illa prodigiosa et noxia, tam haec divina et salutaris appareat.

252. Ob hoc praecipue quod illa hominem, Dei hostibus mancipans, avocatur a Deo, haec in eam operum Dei admirationem excitat, quam propensa charitas, fides ac spes, certissime consequuntur.

253. Neque enim ad religionem, ad Dei cultum quicquam promovet magis quam assidua contemplatio mirabilium Dei, quae ut per hanc de qua agimus naturalem magiam bene

exploraverimus, in opificis cultum amoremque ardentius animati illud canere compellemur: «Pleni sunt caeli, plena est omnis terra maiestate gloriae tuae».

254. Et haec satis de magia, de qua haec diximus, quod s[c]io esse plures qui, sicut canes ignotos semper adlatrant, ita et ipsi saepe damnant oderuntque quae non intelligunt.

§ 39.

255. Venio nunc ad ea quae ex antiquis Hebreorum mysteriis eruta, ad sacrosantam et catholicam fidem confirmandam attuli, quae ne forte ab his, quibus sunt ignota, commentitiae nugae aut fabulae circumlatorum existimentur, volo intelligant omnes quae et qualia sint, unde petita, quibus et quam claris auctoribus confirmata et quam reposita, quam divina, quam nostris hominibus ad propugnandam religionem contra Hebreorum importunas calumnias sint necessaria.

§ 40.

256. Scribunt non modo celebres Hebreorum doctores, sed ex nostris quoque Hesdras, Hilarius et Origenes, Mosen non legem modo, quam quinque exaratam libris posteris reliquit, sed secretionem quoque et veram legis enarrationem in monte divinitus accepisse; preceptum autem ei a Deo ut legem quidem populo publicaret, legis interpretationem nec traderet litteris, nec invulgaret, sed ipse Iesu Nave tantum, tum ille aliis deinceps succedentibus sacerdotum primoribus, magna silentii religione, revelaret.

257. Satis erat per simplicem historiam nunc Dei potentiam, nunc in improbos iram, in bonos clementiam, in omnes iustitiam agnoscere, et per divina salutariaque precepta ad bene beateque vivendum et cultum verae religionis institui.

258. At mysteria secretiora et sub cortice legis rudique verborum pretestu latitantia, altissimae divinitatis archana, plebi palam facere, quid erat aliud quam dare sanctum canibus et inter porcos spargere margaritas?

§ 41.

259. Ergo haec clam vulgo habere, perfectis communicanda, inter quos tantum sapientiam loqui se ait Paulus, non humani consilii sed divini precepti fuit.

260. Quem morem antiqui philosophi sanctissime ob/138v/ servarunt.

261. Pythagoras nihil scripsit nisi paucula quaedam, quae Damae filiae moriens commendavit.

262. Egiptiorum templis insculptae Sphinges, hoc admonebant ut mistica dogmata per enigmatum nodos a prophana multitudine inviolata custodirentur.

263. Plato Dionisio quaedam de supremis scribens substantiis: «Per enigmata, inquit, dicendum est, ne si epistola forte ad aliorum pervenerit manus, quae tibi scribimus ab aliis intelligantur».

264. Aristoteles libros Methaphisicae in quibus agit de divinis editos esse et non editos dicebat.

265. Quid plura? Iesum Christum vitae magistrum asserit Origenes multa revelasse discipulis, quae illi, ne vulgo fierent comunia, scribere noluerunt.

266. Quod maxime confirmat Dyonisius Areopagita, qui secretiora mysteria a nostrae religionis auctoribus, idest ex animo in animum, sine litteris, medio intercedente verbo, ait fuisse transfusa.

267. Hoc eodem penitus modo cum ex Dei praecepto vera illa legis interpretatio Moisi deitudo tradita revelaretur, dicta est Cabala, quod idem est apud Hebraeos quod apud nos «receptio»; ob id scilicet quod illam doctrinam, non per litterarum monumenta, sed ordinariis revelationum successionibus alter ab altero quasi H[er]editario iure reciperet.

§ 42.

268. Verum postquam Hebraei a Babilonica captivitate restituti per Cyrum et sub Zorobabel instaurato templo ad reparandam legem animum appulerunt, Esdras, tunc ecclesiae praefectus, post emendatum Moseos librum, cum plane cognosceret per exilia, cedes, fugas, captivitatem gentis Israeliticae institutum a maioribus morem tradendae per manus doctrinae servari non posse, futurumque ut sibi divinitus indulta celestis doctrinae arcana perirent, quorum commentariis non intercedentibus durare diu memoria non poterat, constituit ut, convocatis qui tunc supererant sapientibus, afferret unusquisque in medium quae de mysteriis legis memoriter tenebat, adhibitisque notariis in LXX volumina (tot enim fere in sinedrio sapientes) redigerentur.

269. Qua de re ne mihi soli credatis, Patres, audite Esdras ipsum sic loquentem: «Exactis XL diebus loquutus est Altissimus dicens. Priora quae scripsisti in palam pone, legant digni et indigni, novissimos autem LXX libros conservabis ut tradas eos sapientibus de populo tuo.

270. In his enim est vena intellectus et sapientiae fons et scientiae flumen.

271. Atque ita feci».

272. Haec Esdras ad verbum.

273. Hi sunt libri scientiae Cabalae, in his libris merito Esdras venam intellectus, idest ineffabilem de supersubstantiali deitate theologiam, sapientiae fontem, idest de intelligibilibus angelicisque formis exactam methaphisicam, et scientiae flumen, idest de rebus naturalibus firmissimam philosophiam esse, clara in primis voce pronuntiavit.

§ 43.

274. Hi libri Sixtus quartus Pontifex Maximus, qui hunc sub quo vivimus foeliciter Innocentium VIII proxime antecessit, maxima cura studioque curavit ut in publicam fidei nostrae utilitatem Latinis litteris mandarentur.

275. Iamque cum ille decessit, tres ex illis pervenerant ad Latinos.

276. Hi libri apud Hebreos hac tempestate tanta religione coluntur, ut neminem liceat nisi annos XL natum illos attingere.

277. Hos ego libros non mediocri impensa mihi cum comparassem, summa diligentia indefessis laboribus cum perlegissem, vidi in illis (testis est Deus) religionem non tam Mosaicam quam Christianam.

278. Ibi Trinitatis mysterium, ibi Verbi incarnatio, ibi Messiae divinitas, ibi de peccato originali, de illius per Christum expiatione, de caelesti Hierusalem de casu demonum, de ordinibus angelorum, de purgatoriis, de inferorum paenis, eadem legi quae apud Paulum et Dionysium/139r/ apud Hieronymum et Augustinum quotidie legimus.

279. In his vero quae spectant ad philosophiam, Pythagoram prorsus audias et Platonem, quorum decreta ita sunt fidei Christianae affinia, ut Augustinus noster immensas Deo gratias agat quod ad eius manus pervenerint libri Platoniorum.

§ 44.

280. In plenum nulla est ferme de re nobis cum Hebreis controversia de qua ex libris Cabalistarum ita redargui convincique non possint, ut ne angulus quidem reliquus sit in quem se condant.

281. Cuius rei testem gravissimum habeo Antonium Cronicum, virum eruditissimum, qui suis auribus cum apud eum essem in convivio, audivit Dactylum Hebreum peritum huius scientiae in Christianorum prorsus de Trinitate sententiam pedibus manibusque descendere.

§ 45.

282. Sed ut ad meae redeam disputationis capita percensenda, attulimus et nostram de interpretandis Orphei Zoroastrisque carminibus sententiam.

283. Orpheus apud Graecos ferme integer; Zoroaster apud eos mancus, apud Caldeos absolutior legitur: ambo praeae sapientiae crediti patres et auctores.

284. Nam ut taceam de Zoroastre, cuius frequens apud Platonicos non sine summa semper veneratione est mentio, scribit Iamblicus Calcideus habuisse Pythagoram Orphycam theologiam tamquam exemplar ad quam ipse suam fingeret formaretque philosophiam.

285. Quin idcirco tantum dicta Pythagorae sacra nuncupari dicunt, quod ab Orphei fluxerint institutis; inde secreta de numeris doctrina et quicquid magnum sublimeque habuit Graeca philosophia ut a primo fonte manavit.

286. Sed (qui erat veterum mos theologorum) ita Orpheus suorum dogmatum mysteria fabularum intexit involucris et poetico velamento dissimulavit, ut si quis legat illius hymnos, nihil subesse credat praeter fabellas nugasque meracissimas.

287. Quod volui dixisse ut cognoscatur quis mihi labor quae fuerit difficultas, ex affectatis enigmatum syrpsis, ex fabularum latebris latitantes eruere secretae philosophiae sensus, nulla praesertim in re tam gravi tam abscondita inexplorataque adiuto aliorum interpretum opera et diligentia.

288. Et tamen oblatrarunt canes mei minutula quaedam et levia ad numeri ostentationem me accumulasse, quasi non omnes quae ambiguae maxime controversaeque sunt questiones, in quibus principales digladiantur achademiae, quasi non multa attulerim his ipsis, qui et mea carpunt et se credunt philosophorum principes, et incognita prorsus et intentata.

§ 46.

289. Quin ego tantum absum ab ea culpa, ut curaverim in quam paucissima potui capita cogere disputationem.

290. Quam si (ut consueverunt alii) partiri ipse in sua membra et lancinare voluissem, in innumerum profecto numerum excrevisset.

291. Et, ut taceam de caeteris, quis est qui nesciat unum dogma ex nongentis, quod scilicet de concilianda est Platonis Aristotelisque philosophia, potuisse me citra omnem affectatae numerositatis suspitionem in sexcenta ne dicam plura capita deduxisse, locos scilicet omnes in quibus dissidere alii, convenire ego illos existimo particulatim enumerantem?

292. Sed certe (dicam enim quamquam neque modeste neque ex ingenio meo) dicam tamen, quia dicere me invidi cogunt, cogunt obtrectatores, volui hoc meo congressu fidem facere non tam quod multa scirem, quam quod scirem quae multi nesciunt.

§ 47.

293. Quod ut vobis re ipsa, Patres colendissimi, iam palam fiat, ut desiderium vestrum, doctores exce[l]lentissimi, quos paratos accintosque expectare pugnam non sine magna voluptate conspicio, mea longius oratio non remoretur, quod foelix faustumque sit quasi citante classico iam conseramus manus.